Marina Colasanti

Nació en Asmara (Etiopía) en 1937. A los dos años se fue a Italia y a los once a Brasil, donde reside en la actualidad. Estudió Bellas Artes, y en 1962 se inició en el periodismo como redactora e ilustradora. Ha traducido al portugués a autores como Alberto Moravia y Roland Barthes, y escribe ensayos sobre la condición de la mujer, además de poesía y cuentos, admirados, entre otros autores, por Julio Cortázar. Este libro ganó en 1979 dos prestigiosos premios brasileños: el Gran Premio de la Crítica y el Premio de la Fundación Nacional del Libro Infantil y Juvenil. En el ámbito de la literatura infantil, ha otorgado nuevo vigor al género tradicional de los cuentos de hadas.

En el laberinto del viento

Titulo original: *Uma Idéia Toda Azul.*
Doze Reis e a Moça no Labirinto do Vento.

1.ª edición: noviembre 2008

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-667-7842-8
Depósito legal: M-46863-2008
Impreso en ANZOS, S. A.
La Zarzuela, 6
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

En el laberinto del viento

Marina Colasanti

Ilustración:
Carmen Segovia

Traducción:
Mario Merlino



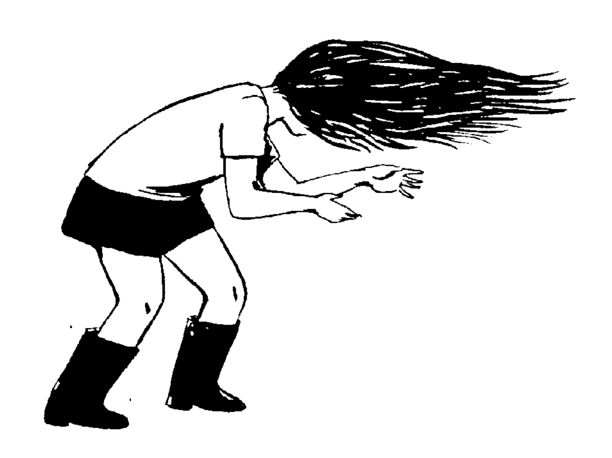
Índice

A Fabiana y Alexandra, mis hadas.

A Lissetta, mi madre,
que me enseñó a amar los cuentos de hadas,
y a Carlos Byington, que me ayudó a habitarlos.

Una idea toda azul





El último Rey

Todos los días Kublai-Khan, último Rey de la dinastía Mogol, subía a lo alto de la muralla de su fortaleza para encontrarse con el viento.

El viento venía de lejos y tenía, para contar, el mundo entero.

Kublai-Khan nunca había salido de su fortaleza; no conocía el mundo. Escuchaba las palabras del viento y aprendía.

—La Tierra es redonda y fácil —dijo el viento—. Voy siempre hacia delante, y paso por el lugar de

donde salí. He dado tantas vueltas a la Tierra, que ella está ovillada en mi soplo.

A Kublai-Khan le pareció bonito ir y volver sin perderse nunca.

Un día el viento, venido de las montañas, llegó más frío.

—Fui a peinar a la nieve —heló el viento al oído del Rey—. La nieve es pesada y blanda. Debajo de su silencio, las semillas se aprontan para la primavera. Solo flores blancas calan la nieve. Solo pasos blancos marcan la nieve. En la nieve habita el Rey del Sueño.

Kublai-Khan tuvo deseos de nieve. Anudó, pues, hilos de plata en la Luna y la remontó contra el viento. Desde lo alto, espejo del frío, la Luna le trajo la nieve a Kublai-Khan. Y un sueño tranquilo.

Todos los días el viento contaba sus travesías en lo alto de la muralla.

Todos los días los largos cabellos del Rey se recostaban en el viento y recogían sus sonidos, como un arpa.

El viento habló del desierto.

—El desierto —dijo con lengua calurosa— es lento como el trigal. Y como el trigal me obedece. También él se curva bajo mi mano. Pero sus granos

no son dulces como los del trigo. Son de arena. Y con arena no se hace pan. Las gotas del desierto se llaman dátiles.

Kublai-Khan quiso humedecerse con la dulzura de los dátiles. Anudó, pues, hilos de oro en los rayos del Sol y lo remontó contra el viento. Desde lo alto, el calor se derramó en el reino de Kublai-Khan y los frutos maduraron. El Rey bebió entonces el zumo en el cuenco de sus manos.

En lo alto de la muralla, gastada de recibir siempre al viento, el mundo se ponía a los pies del Rey.

Y con el tiempo llega el día en que el viento besó con sal la boca de Kublai-Khan trayéndole el mar.

—El mar es mayor que el desierto y más profundo que la nieve —cantó el viento—. El mar es verde como los campos, pero su hierba crece en las profundidades y nadie ve el ganado que en él pasta. El mar llama a los hombres y canta. Su voz tiene nombre de sirena.

¿Oyó Kublai-Khan la llamada de la sirena en la voz del viento?

Nadie lo sabe.

Dicen los pastores de la planicie que lo vieron anudar cuerdas de lino en las puntas de la gran cometa de seda. Después lanzó la cometa contra el

viento y, abandonando con los pies lo alto de la muralla de su fortaleza, se dejó llevar por la cuerda blanca, último Rey mongol, lejos en el cielo, allá donde el azul se tiñe de mar.



Más allá del bastidor

Comenzó con hilo verde. No sabía qué bordar, pero iba a ser verde, estaba segura, verde brillante.

Hierba. Fue lo que apareció después de los primeros puntos. Una hierba alta, con las puntas dobladas como si estuviese mirando algo.

«Mira las flores», pensó ella, y eligió una madeja roja.

Así, poco a poco, sin modelo, fue apareciendo un jardín en el bastidor. Obedecía a sus manos, obedecía a su propio impulso, y surgía como si germinase en el rocío de la noche.

Todas las mañanas la niña corría hacia el bastidor, miraba, sonreía y añadía un pájaro más, una abeja, un grillo escondido detrás de un tallo.

El Sol brillaba en el bordado de la niña.

Y era tan lindo el jardín que lo empezó a querer sobre todas las cosas.

Fue el día del árbol. El árbol estaba listo, parecía no faltarle nada. Pero la niña sabía que había llegado la hora de añadir los frutos. Bordó una fruta violácea, brillante, como nunca había visto en su vida. Y otra, y otra, hasta que el árbol estuvo cargado, hasta que el árbol se hizo rico, y su boca se llenó del deseo de aquella fruta jamás probada.

La niña no supo cómo ocurrió. Cuando se quiso acordar, ya estaba montada en la rama más alta del árbol, saboreando las frutas y limpiándose el jugo que se le escurría de la boca.

«Seguro que ha sido por el hilo», pensó a la hora de volver a casa. Miró —la última fruta aún no estaba lista— y tocó el punto que acababa en una hebra de hilo. Y allí estaba ella, de vuelta en su casa.

Ahora que había aprendido el camino, todos los días la niña bajaba hasta el bordado. Elegía primero lo que le gustaría ver: una mariposa, una santateresa. Bordaba con cuidado; después bajaba por el hilo

hacia la espalda del insecto, y volaba con él, y se posaba en las flores, y reía y brincaba y se tumbaba en el césped.

El bordado ya estaba casi listo. Se veía poco paño entre los hilos de colores. Pronto estaría terminado.

«Faltaba una garza», pensó. Y eligió una madeja blanca matizada de rosa. Tejió sus puntos con cuidado, sabiendo, mientras lanzaba la aguja, cuán suaves serían la plumas y cuán dulce el pico. Después bajó al encuentro de la nueva amiga.

Fue así, de pie al lado de la garza, acariciándole el cuello, como la vio su hermana mayor al inclinarse sobre el bastidor. Era lo único que no estaba bordado.Y el dibujo era tan bonito que la hermana cogió la aguja, la canastilla de los hilos y comenzó a bordar.

Bordó los cabellos, y ya no los agitó el viento. Bordó la falda, y los pliegues se fijaron. Bordó las manos, para siempre quietas en el cuello de la garza. Quiso bordar los pies, pero los ocultaba el césped. Quiso bordar el rostro, pero la sombra lo ocultaba. Bordó, pues, la cinta de los cabellos, remató el punto y cortó, con mucho cuidado, el hilo.



Por dos alas de terciopelo

La princesa cogió la red, el frasco, la cajita de los alfileres, y salió a cazar. Siempre detrás de mariposas, no se conformaba con las que ya tenía, cajas y cajas de cristal en todos los aposentos del palacio. Quería otras. Quería más. Las quería todas.

No servía de nada buscar en los jardines. Después de tanta cacería, de tantos alfileres en la espalda, las mariposas sabían que ese no era lugar para ellas y hasta las orugas se alejaban arrastrando sus curvas perezosas en busca de un rincón más seguro para convertirse en mariposas. Tal vez en los campos,

cuando la cosecha estuviese madura. Pero era otoño. Tal vez en el bosque.

Al bosque fue la princesa. Buscó durante toda la mañana. Vio dos alas de colores que se movían entre las hojas; lanzó la red; solo recogió la flor que el viento agitaba. Creyó que había encontrado una mariposa oscura posada en un tronco: era la hoja que cargaba una hormiga. Después nada más. Pájaros, abejas, salamanquesas paseaban tranquilamente y se agitaban al Sol. Pero ninguna mariposa. Como si, advertidas de su presencia, esperasen escondidas en las riberas de la oscuridad.

Era casi de noche cuando la vio, inmensa mariposa negra en lento vuelo por el cielo que se apagaba. Corrió queriendo acompañarla. Tropezó con una piedra, se perdió entre los arbustos. El cielo limpio: ¿dónde estaba la mariposa? Pensó haberla visto en una dirección. Fue hacia allí. Pero todo estaba inmóvil; solo el agua se encrespaba en la superficie del lago.

Por la noche, en el palacio, solo habló de ella. Quería la mariposa. Si llegase a tenerla, prometió, dejaría de cazar. Eligió en la habitación el mejor lugar: encima de la cabecera, con las alas abiertas sobre la cama.

Soñó con la mariposa. Viajaba montada sobre ella y las alas de terciopelo la acariciaban al batir del vuelo.

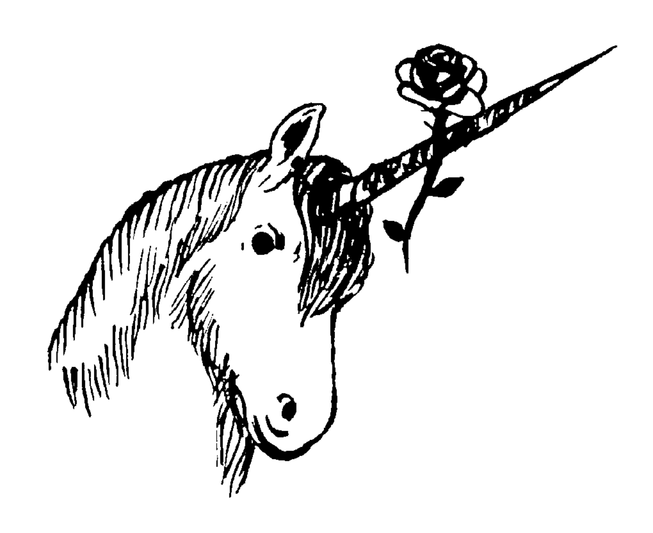
Al amanecer se armó de arco y flechas y se fue al bosque. Esperó acostada, inmóvil en el mismo lugar de la víspera. La mañana pasó. Pasó la tarde. La noche sopló su viento. Y en el viento de la noche vino la mariposa negra.

Esta vez no la perdería. Sin despegar los ojos de ella, sin errar el paso, la princesa avanzó entre los árboles, llegó a la orilla del lago. Y la vio bajar abriendo las grandes alas en un último esfuerzo, para posarse sin zambullida, no mariposa, sino cisne, noble cisne negro.

Se estremece el agua del lago. La princesa arma el arco, tensa la cuerda, clava la saeta de oro en el pecho del cisne.

Pero es de su pecho de donde la sangre mana. Y es hilo, es reguero que, empapándole la ropa, deshaciendo la seda por donde pasa, transforma su cuerpo en plumas, negras plumas de terciopelo.

El día dormita. Dos cisnes negros se deslizan juntos en el lago. Brilla olvidado el arco de oro.



Una espina de marfil

Amanecía el Sol y allí estaba el unicornio, pastando en el jardín de la princesa. Por entre flores miraba la ventana del dormitorio a la que ella se asomaba para saludar al nuevo día. Después esperaba verla en el balcón y, cuando el pequeñísimo pie pisaba el primer peldaño de la escalinata que bajaba al jardín, huía el unicornio hacia la oscuridad del bosque.

Un día, al ir el Rey de mañanita a visitar a la hija en sus aposentos, vio al unicornio en la mata de lirios.

Quiero para mí ese animal. E inmediatamente ordenó la cacería.

Durante días el Rey y sus caballeros salieron a cazar al unicornio en los bosques y en las campiñas. Galopaban los caballos, corrían los canes y, cuando todos estaban seguros de tenerlo acorralado, perdíanle la pista, confundían el rastro.

Durante noches, el Rey y sus caballeros acamparon alrededor de las hogueras oyendo en la oscuridad el relincho cristalino del unicornio.

Un día, nada más. Ninguna huella, ninguna señal de su presencia. Y silencio durante las noches.

Disgustado, el Rey ordenó la vuelta al castillo.

Y en cuanto llegó fue al cuarto de la hija a contarle lo ocurrido. La princesa, apenada por la derrota del padre, le prometió que al cabo de tres lunas le daría el unicornio de regalo.

Durante tres noches trenzó con los hilos de sus cabellos una red de oro. Por la mañana vigilaba la mata de lirios del jardín. Y al nacer el cuarto día, cuando el Sol llenó con la primera luz los cálices blancos, lanzó la red y apresó al unicornio.

Preso en la malla de oro, miraba el unicornio a la que más amaba, ahora su dueña, y que no sabía nada de él.

La princesa se acercó. ¿Qué animal era ese, de ojos tan mansos, retenido por la artimaña de sus

trenzas? Aterciopelado el pelo, lacre en los cascos y, asomando en medio de la frente, espina y marfil, el cuerno único que apuntaba al cielo.

Dulce lengua de unicornio lamió la mano que lo retenía. La princesa se estremeció, aflojó los lazos de la red, el unicornio se irguió sobre sus patas finas.

¿Cuánto tiempo tardó la princesa en conocer al unicornio? ¿Cuántos días le hicieron falta para amarlo?

En la marea de las horas se bañaban en rocío, corrían con las mariposas, cabalgaban abrazados. O solo conversaban en silencio de amor, ella en el césped, él tendido a sus pies, olvidados del tiempo.

Las tres lunas, empero, se agotaban ya. La noche antes de la fecha fijada, el Rey fue al dormitorio de su hija a recordarle la promesa. Desconfiado, miró en los rincones, olfateó el aire. Pero el unicornio que comía lirios olía a flor y, escondido entre los vestidos de la princesa, se confundía con los terciopelos, se confundía con los perfumes.

—Mañana es el día. Quiero que cumplas tu palabra —dijo el Rey—: vendré a buscar al unicornio al caer el Sol.

Una vez ido el Rey, las lágrimas de la princesa se deslizaron por el pelo del unicornio. Era preciso

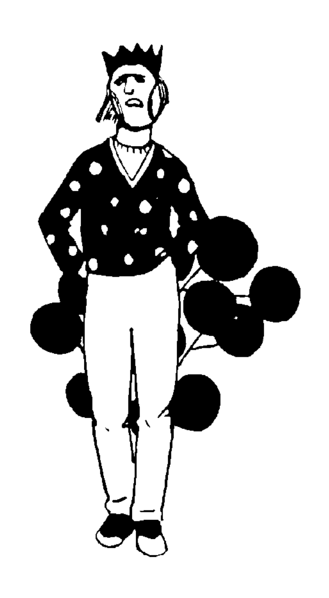




obedecer a su padre, era preciso mantener la promesa. Salvar el amor era preciso.

Sin saber qué hacer, la princesa cogió el laúd y durante toda la noche cantó su tristeza. La Luna se apagó. Una vez más el Sol llenó las corolas de luz. Y, como el primer día en que se habían encontrado, la princesa se acercó al unicornio. Y, como el segundo día, lo miró buscando el fondo de sus ojos. Y, como el tercer día, le sujetó la cabeza con las manos. Y ese último día acercó la cabeza a su pecho, con suave fuerza, con fuerza de amor que empuja, que clava la espina de marfil en el corazón, al fin florido.

Cuando el Rey llegó a reclamar la promesa, fue eso lo que el Sol mortecino le entregó: la rosa de sangre y un manojo de lirios.



Una idea toda azul

Un día el Rey tuvo una idea.

Era la primera de toda su vida, y tan maravillado se quedó con esa idea azul, que no quiso saber nada de contársela a los ministros. Bajó con ella al jardín, corrió con ella por el césped, jugó con ella a esconderla entre otros pensamientos, encontrándola siempre con igual alegría; linda idea su idea toda azul.

Jugaron hasta que el Rey se durmió apoyado en un árbol.

Al despertar, tanteando la corona y buscando la idea, se dio cuenta del peligro. Sola en su sueño, suelta y tan bonita, la idea podría haber llamado la

atención de alguien. Y a ese alguien le bastaría pillarla e irse con ella. Es tan fácil robar una idea. ¿Quién podría saber que ya tenía dueño?

Con la idea escondida bajo el manto, el Rey volvió al castillo. Esperó la noche. Cuando todos los ojos se cerraron, salió de sus aposentos, atravesó salones, bajó escaleras, subió peldaños, hasta llegar al Corredor de las Salas del Tiempo.

Puertas cerradas, y el silencio. ¿Qué sala elegir?

Ante cada puerta el Rey se detenía, pensaba, y seguía adelante. Hasta llegar a la Sala del Sueño.

Abrió. En la sala acolchada los pies del Rey se hundían hasta los tobillos, la mirada se extraviaba entre gasas, cortinas y velos colgados como telas. Sala de penumbra, siempre igual. El Rey acostó a la idea dormida en la cama de marfil, bajó las cortinas, salió y cerró la puerta.

Se puso la llave al cuello prendida a una gruesa cadena. Y nunca más hizo uso de ella.

El tiempo cumplió sus años. Ideas el Rey ya no tuvo, ni sintió su falta, tan ocupado como estaba en gobernar. Envejecía sin darse cuenta, ante los educados espejos reales que mentían la verdad. Únicamente se sentía más triste y más solo, sin haber tenido ganas nunca más de jugar en los jardines.

Sólo los ministros veían la vejez del Rey. Cuando se le puso toda blanca la cabeza, le dijeron que ya podía descansar y lo liberaron del manto.

Puesta la corona sobre la almohada, el Rey llevó enseguida la mano a la cadena.

—Ya nadie se ocupa de mí —decía atravesando salones y bajando escaleras, camino de las Salas del Tiempo—, ya nadie me mira. Ahora puedo buscar mi linda idea y guardarla sólo para mí.

Abrió la puerta; levantó las cortinas.

En la cama de marfil, la idea dormía azul como aquel día.

Como aquel día, joven, muy joven, una idea niña. Y hermosa. Pero el Rey ya no era el Rey de aquel día. Entre él y la idea estaba todo el tiempo pasado fuera, el tiempo todo detenido en la Sala del Sueño. Sus ojos no veían en la idea la misma gracia. Jugar no quería, ni reír tampoco. ¿Qué hacer con ella? Nunca más sabrían estar juntos como aquel día.

Sentado al borde de la cama, el Rey lloró sus dos últimas lágrimas, las que tenía guardadas para la tristeza más grande.

Después bajó las cortinas y, dejando a la idea dormida, cerró la puerta para siempre.



Entre las hojas de la verde O

Disparó a la primera corza y falló.
Y en la segunda acertó.
Y la besó.
Y la tercera escapó
al corazón de un joven.
Ella está entre la hojas
de la verde O.

[Canción popular de la Edad Media]

El príncipe se despertó contento. Era día de caza. Los perros ladraban en el patio del castillo. Se puso el chaleco de cuero, se calzó las botas. Los caballos

batían los cascos bajo la ventana. Cogió los guantes y descendió.

Abajo era una fiesta. Los arreos y el pelo de los animales brillaban al sol. Brillaban los dientes abiertos en risas, las armas, las trompas que dieron la señal de partida.

En el bosque también oyeron la trompa y el alarido. Todos se dieron cuenta del peligro. Y cada uno se escondió donde pudo.

La única que no se escondió fue la moza. Se despertó con el son de la trompa, y estaba inclinada en el arroyo cuando los cazadores llegaron.

Fue así como la vio el príncipe. Mitad mujer, mitad corza, bebiendo en el arroyo. La mujer tan linda. La corza tan ágil. A la mujer quería amarla, a la corza quería matarla. ¿Escaparía acaso si se acercaba? Movió una rama, ella levantó la cabeza atenta al ruido. Entonces el príncipe puso la flecha en el arco, tensó la cuerda, apuntó a la pata derecha. Y cuando la corza-mujer dobló las rodillas intentando arrancarse la flecha, él corrió y la sujetó, llamando a hombres y perros.

Llevaron la corza al castillo. Vino el médico, se ocuparon de la herida. Pusieron a la corza en una habitación con la puerta cerrada.

Todos los días el príncipe iba a visitarla. Solo él tenía la llave. Y se enamoraba cada vez más. Pero la corza-mujer solo hablaba la lengua del bosque y el príncipe solo sabía escuchar la lengua del palacio.

Se quedaban horas, pues, mirándose callados, con tantas cosas que decir.

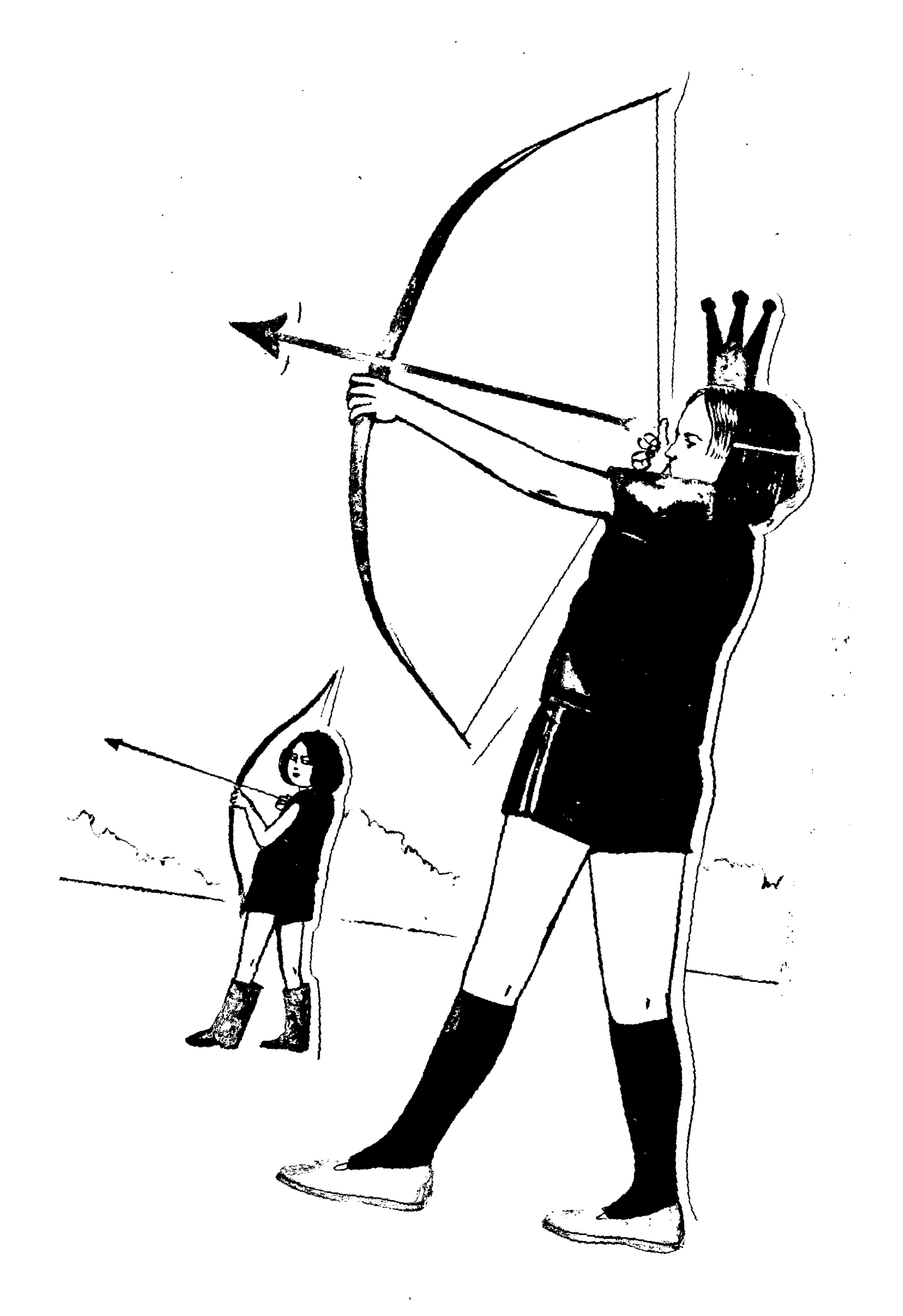
Él quería decirle cuánto la amaba, que quería casarse con ella y tenerla para siempre en el castillo, que la cubriría de ropas y joyas, que llamaría al mejor hechicero del reino para hacer que se volviese toda mujer.

Ella quería decirle cuánto lo amaba, que quería casarse con él y llevarlo al bosque, que le enseñaría a apreciar a los pájaros y a las flores y que le pediría a la Reina de las Corzas que le diese cuatro patas ágiles y un bello pelo castaño.

Pero el príncipe tenía la llave de la puerta. Y ella no tenía el secreto de la palabra.

Todos los días se encontraban. Se cogían de las manos. Y el día en que la primera lágrima cayó de los ojos de ella, el príncipe pensó haber entendido y mandó llamar al hechicero.

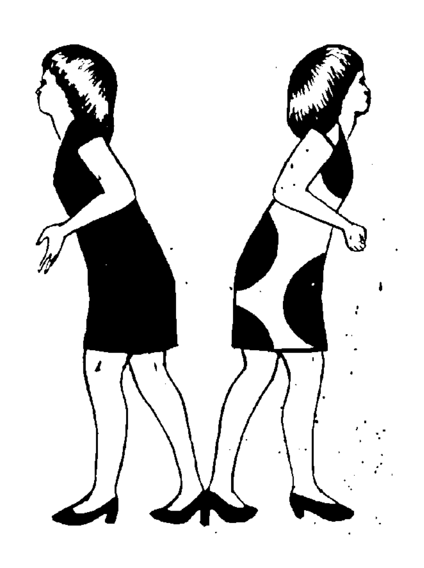
Cuando la corza despertó, había dejado de ser corza. Solo dos largas piernas y un cuerpo blanco. Intentó levantarse, no pudo. El príncipe le dio la



mano. Vinieron las costureras y la cubrieron de ropas. Vinieron los joyeros y la cubrieron de joyas. Vinieron los maestros de baile para enseñarle a andar. Lo único que no tenía era la palabra. Y el deseo de ser mujer.

Siete días le llevó aprender siete pasos. Y en la mañana del octavo día, cuando despertó y vio la puerta abierta, juntó siete pasos y siete más, atravesó el corredor, bajó la escalera, cruzó el patio y corrió hacia el bosque en busca de su Reina.

El Sol brillaba aún cuando la corza salió del bosque, solo corza, ya no mujer. Y se puso a pastar bajo las ventanas del palacio.



Hilo tras hilo

Todas las tardes, en la torre más alta del castillo de cristal, Nemesia y Gloxinia bordaban.

Largo era el manto de seda blanca que las dos hadas hacían florecer y que una de ellas habría de usar.

Pero Gloxinia, nunca satisfecha con su trabajo, deshacía al final del día lo que había hecho, para recomenzar al día siguiente.

Nemesia, con gestos seguros, dibujaba flores y hojas de un jardín en el que todos los pétalos eran hermanos, y cada día remataba el punto más adelante.

Heríanse los dedos de Gloxinia de tanto deshacer. La tela se ensuciaba. Los dedos de Nemesia, tranquilos, hacían brotar el manto blanco.

Haciendo y deshaciendo, en la cesta de Gloxinia se agotaba el hilo. Y al coger la última madeja, el hada advirtió que no había avanzado siquiera una puntada. Le cabría a la hermana acabar el manto y quedarse con él, sin que ella a nada tuviese derecho por sus esfuerzos.

De nada servía ahora buscar la perfección. Abandonando por un instante el intento de sus pétalos, Gloxinia aprovechó el último hilo para bordar sobre la seda, letra por letra, la palabra mágica. Nemesia tuvo aún tiempo de terminar el punto y liberar una rosa más. Después se transformó en araña.

Gloxinia tendría ahora tanto hilo cuanto le hiciese falta.

Paciente, Nemesia tejió el primer hilo. Que en la aguja de Gloxinia se reveló perfecto, y permitió un bordado cabal sin que su hermana tuviese que recurrir a las tijeras. Por primera vez Gloxinia siguió sin deshacer.

Se quedó encantada con el trabajo. Ya no dormía. Cogía el hilo de la tela más próxima y luego sumergía la aguja cantando con la cadencia de los puntos

obedientes. Hilo tras hilo se olvidó de su hermana. Había hilo, el bordado se enriquecía, y Gloxinia trabajaba feliz al paso de los años.

Llegó el día del último punto. Gloxinia acabó un pétalo, remató una espina, y advirtió con una sonrisa que ya no había nada más que bordar: la primavera despuntaba en el manto y la seda desaparecía bajo el ramaje.

Guardada la aguja, Gloxinia se levantó. Usaría el manto y al fin sorprendería a la corte. Prendió las cintas anchas en el cuello, acomodó la cola y se volvió hacia la puerta.

Pero, ¿dónde estaba la puerta?

Alrededor de Gloxinia, las telas de Nemesia. Una tela apoyada en otra, que Gloxinia rasgaba sin llegar a lugar alguno, solamente a telas y más telas.

¿Dónde estaba la corte?

Alrededor de la corte, alrededor de las salas, alrededor del castillo y de los jardines, allí fuera hilaba y tejía la paciente Nemesia, olvidada de la corte, olvidada de su hermana, para siempre prisionera de su capullo de plata.



Solo la primera

Era hermosa, era hija, era única. Hija de Rey. Pero, ¿de qué servía ser princesa si no tenía con quién jugar?

Sola en el palacio no paraba de llorar. No quería saber nada de muñecas, nada quería saber de juguetes. Quería una amiga a quien querer.

De noche el Rey oía los sollozos de su hija. ¿De qué sirve la corona si nuestra hija llora de noche? Decidió acabar con tanta tristeza. Llamó al vidriero, llamó al enmarcador. Y en secreto mandó hacer el mayor espejo del reino. Y en silencio mandó colocar el espejo al pie de la cama de la hija que dormía.

Cuando la princesa despertó, ya no estaba sola. Una niña linda y única la miraba sorprendida, con los cabellos aún desordenados del sueño. Rápido saltaron las dos de la cama. Rápido se acercaron y se quedaron frente a frente. Una sonrió y dio los buenos días. La otra dio los buenos días sonriendo.

«Qué gracioso —pensó una—, la otra es zurda.»

Y rieron las dos.

Rieron mucho después. Felices juntas, felices iguales. La broma de una era la gracia de la otra. El salto de una era el brinco de la otra. Y cuando una estaba cansada, la otra dormía.

El Rey, encantado con tanta alegría, mandó hacer juguetes nuevos, que entregó a la hija en una cesta. Animales, muñecas, casitas, y una bola de oro. La bola al fondo de la cesta, pero tan brillante que fue el primer juguete que eligieron.

Rodaron con ella por la alfombra, la lanzaron a la cama, la tiraron hacia arriba. Pero cuando la princesa decidió pasarla a las manos de su amiga, la bola rompió el juego y la amistad.

Un marco vacío, el espejo hecho añicos en el suelo.

La tristeza pesó en los ojos de la única hija del Rey. Bajó la cabeza para llorar. La lágrima creció, ya estaba a punto de caer, cuando la princesa vio el ros-



tro que tanto amaba. No un solo rostro de amiga, sino muchos rostros de muchas amigas. No en la lágrima que cayó enseguida, sino en todos los añicos que cubrían el suelo.

«Qué gracioso, son zurdas», pensó.

Y rieron.

Rieron durante un buen rato. Era diferente jugar con tantas amigas. Ahora podía elegir. Un día eligió a una, y enseguida se cansó. Al día siguiente prefirió otra, y pronto se olvidó de ella. Después otra y otra más, hasta sentir que todas eran pocas. Entonces cogió una, la tiró contra la pared e hizo dos. Se cansó de las dos, las pisó con el zapato e hizo cuatro. Ya no le hicieron gracia esas cuatro, las rompió con un martillo e hizo ocho. Se irritó con las ocho, las partió con una piedra e hizo doce.

Pero dos eran menores que una, cuatro menores que dos, ocho menores que cuatro, doce menores que ocho.

Menores, pequeñas, cada vez más pequeñas.

Tan pequeñas que ya no cabían en sí, pedazos de amigas con las que no se podía jugar. Un ojo, una sonrisa, parte de la nariz. Después, ni siquiera eso, polvo brillante de amigas diseminado por el suelo.

Sola otra vez la hija del Rey.

¿Lloraba? No lo sé.

No quería saber nada de las muñecas, nada quería saber de los juguetes.

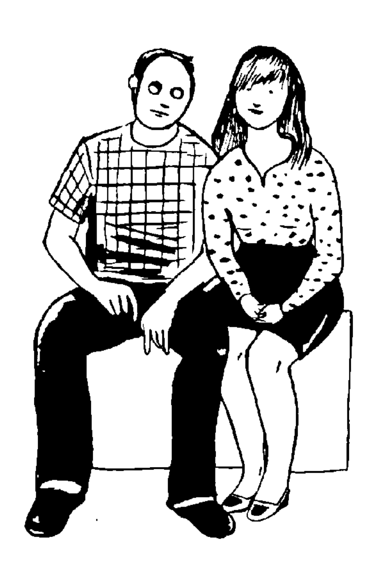
Salió del palacio y fue a correr al jardín para cansar a la tristeza.

Corrió, corrió, y la tristeza continuaba con ella. Corrió por el bosque, corrió por el prado. Se detuvo a orillas del lago.

En el reflejo del agua la amiga la esperaba.

Pero la princesa ya no quería una sola amiga, quería muchas, quería todas, las que había tenido y las nuevas que encontraría. Sopló en el agua. La amiga se encrespó, pero siguió siendo una. Le tiró una piedra. La amiga se abrió en círculos, pero siguió siendo una.

Entonces la linda hija del Rey se tiró al agua con los brazos abiertos, y el espejo se hizo mil añicos, mil amigas que se fueron hundiendo con ella, sumiéndose en las pequeñas olas con que el lago ordenaba su superficie.



Siete años y otros siete

Érase una vez un Rey que tenía una hija. No tenía dos, tenía una y, como solo tenía esa, la quería más que a ninguna.

La princesa también quería mucho a su padre, más que a nadie, hasta el día en que llegó el príncipe. Entonces quiso al príncipe más que a nadie.

El padre, que no tenía otra a quien querer, pronto pensó que el príncipe no servía. Mandó investigar y descubrió que el muchacho no había acabado los estudios, no tenía una posición, y su reino era pobre. Era buena persona, le dijeron, pero no era, en fin,

un marido ideal para una hija a la que su padre quería más que a ninguna.

El Rey llamó entonces al hada, madrina de la princesa. Pensaron, pensaron, y llegaron a la conclusión de que lo mejor era hacer que la muchacha durmiera. Quizás en el sueño soñaría con otro y se olvidaría de él.

Dicho y hecho, le dieron una bebida mágica a la joven, que se durmió en el acto sin decir siquiera buenas noches.

Acostaron a la muchacha en una cama enorme, en una habitación enorme, dentro de otra habitación enorme, a la que se llegaba por un corredor enorme. Siete puertas enormes escondían la entrada pequeña del enorme corredor. Cavaron siete fosos alrededor del castillo. Plantaron siete enredaderas en las siete esquinas del castillo. Y pusieron siete guardianes.

El príncipe, al saber que su bien amada dormía por arte de magia, y que así pensaban apartarla de él, no lo pensó dos veces. Mandó construir un castillo con siete fosos y siete plantas. Se acostó en una cama enorme, en una habitación enorme, a la que se llegaba por un corredor enorme disimulado tras siete enormes puertas y comenzó a dormir.

Siete años pasaron y otros siete. Las plantas crecieron alrededor. Los guardianes desaparecieron debajo de las plantas. Las arañas tejieron cortinas de plata alrededor de las camas, en las salas enormes, en los enormes corredores. Y los príncipes durmieron en sus capullos.

Pero la princesa no soñó con nadie más que con el príncipe. De mañana soñaba que lo veía bajo su ventana tocando el laúd. De tarde soñaba que se sentaban en la galería y que él jugaba con el halcón y con los canes mientras ella bordaba en el bastidor. Y de noche soñaba que la Luna estaba alta y que las arañas tejían sobre su sueño.

Y el príncipe no soñó con nadie más que con la princesa. De mañana soñaba que veía sus cabellos en la ventana, y que tocaba el laúd para ella. De tarde soñaba que se sentaban en la galería, y que ella bordaba mientras él jugaba con los canes y con el halcón. Y de noche soñaba que la Luna estaba alta y que las arañas tejían.

Hasta el día en que ambos soñaron que había llegado la hora de casarse, y soñaron una boda plena de fiesta y de música y de danzas. Y soñaron que tuvieron muchos hijos y que fueron muy felices por el resto de sus días.



Las noticias y la miel

Un día el Rey se quedó sordo. No como una tapia, sino como una ventana de dos batientes. Oía todo del lado izquierdo, del derecho no oía nada.

La situación era incómoda. Sólo atendía a los ministros que se sentaban de un lado del trono. A los otros ni les respondía. Y hasta por la mañana, si el gallo cantaba del lado errado, Su Majestad no despertaba y pasaba el día entero durmiendo.

Mandó llamar al gnomo del bosque, y el gnomo, obediente, apareció en la corte. Fue volando con sus

alitas, tan pequeño que, si bien todos estaban avisados de su llegada, casi lo confundieron con un insecto cualquiera.

Llegó, se entendió muy pronto con el Rey e hicieron un trato. Se quedaría viviendo en el oído derecho y le repetiría hacia dentro, bien alto, todo lo que oyese fuera. Al tener alas, y con solo desearlo, podría aprovechar su parentesco con las abejas para fabricar, en el oído real, alguna cera y un poco de miel.

El trato funcionó a las mil maravillas. Todo lo que el gnomo oía, lo repetía en voz bien alta en las cavernas de la oreja, y el eco y la voz del gnomo llegaban hasta el Rey, que volvió a oír como antes, de lado a lado.

Corrió el tiempo. Rey y gnomo, tan vecinos ahora, se fueron haciendo cada día más íntimos. Uno ya sabía todo del otro, y el gnomo gritaba con placer y era con placer como oía el rey el zumbido de las alas atareadas en fabricar cera y miel. Cierta dulzura comenzó a extenderse desde el oído real hasta la cabeza, y el Rey se fue haciendo poco a poco más bondadoso. Cierto cariño fue extendiéndose desde la caverna real hacia el gnomo, y este se fue haciendo poco a poco más bondadoso.

Fue esa la causa de la primera mentira.

El Primer Ministro dio una mala noticia al oído izquierdo, y el gnomo, no queriendo entristecer al Rey, transmitió una buena noticia al oído derecho.

Fue esa la primera vez que el rey oyó dos noticias al mismo tiempo.

Fue esa la primera vez que el Rey eligió la noticia mejor.

Hubo otras después.

Siempre que al Rey le decían algo malo, el gnomo lo transformaba en algo bueno. Y siempre que el Rey oía dos noticias elegía la mejor de ellas.

El Rey fue dejando poco a poco de prestar atención a lo que le llegaba del lado izquierdo. Y hasta por la mañana, si el gallo cantaba de ese lado y el gnomo no repetía el canto del gallo, Su Majestad se olvidaba de oír y continuaba durmiendo tranquilo hasta que lo despertaba la llamada del amigo.

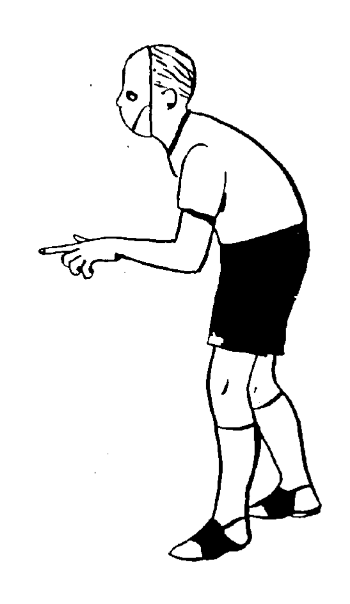
Por un lado sólo se escurría la miel. Por el otro llegaban las preocupaciones, las tristezas, y todos los vientos malos parecían soplar a la izquierda de su cabeza.

Pero el Rey había probado la miel y la dulzura era más importante ahora que cualquier noticia. Le entregó el trono y la corona al Primer Ministro. Des-

pués llamó al gnomo para que se acercase a su boca y le murmuró bajito la orden.

Obediente, el gnomo voló hacia el lado izquierdo y, aprovechando su parentesco con las abejas, fabricó algo de miel y abundante cera, y tapó para siempre con ellas el oído del Rey.

Doce reyes y la moza en el laberinto del viento



La moza tejedora

Se despertaba aun estando oscuro, como si oyese al Sol que llegaba tras las riberas de la noche. Y enseguida se sentaba al telar.

Hilo claro, para comenzar el día. Delicado trazo color de luz, que ella iba pasando entre los hilos extendidos, mientras fuera la claridad de la mañana dibujaba el horizonte.

Después lanas más vivas, cálidas lanas iban tejiendo hora a hora, en un largo tapiz que no acababa nunca.

Si el Sol era demasiado fuerte, y en el jardín pendían los pétalos, la moza colocaba en la lanzadera gruesos hilos grises de algodón más afelpado. Luego, en la penumbra traída por la nubes, elegía un hilo de plata, que en puntos largos recamaba sobre el tejido. Leve, la lluvia venía a saludarla a la ventana.

Pero si durante muchos días el viento y el frío azotaban a las hojas y espantaban a los pájaros, bastaba que la moza tejiese con sus bellos hilos dorados para que el Sol trajera de nuevo la calma a la naturaleza.

Así, manejando la lanzadera de un lado al otro y echando los grandes peines del telar hacia delante y hacia atrás, la moza pasaba sus días.

Nada le faltaba. A la hora del hambre tejía un lindo pez, esmerándose en las escamas. Y he ahí que el pez estaba en la mesa, listo para ser comido. Si venía la sed, suave era la lana color leche que entrelazaba en el tapiz. Y de noche, después de lanzar su hilo de oscuridad, dormía tranquila.

Tejer era todo lo que hacía. Tejer era todo lo que quería hacer.

Mas tejiendo y tejiendo, ella misma trajo el tiempo en que se sintió sola, y por primera vez pensó qué bueno sería tener un marido al lado.

No esperó al día siguiente. Con la diligencia de quien intenta algo nunca conocido, comenzó a entrelazar en el tapiz las lanas y los colores que le harían compañía. Y poco a poco su deseo fue apareciendo: sombrero emplumado, rostro barbado, cuerpo aplomado, zapatos lustrados. Estaba justamente acabando de entrelazar el último hilo de la punta de los zapatos cuando golpearon a la puerta.

No hizo falta que abriese. El mozo puso la mano en el picaporte, se quitó el sombrero con pluma, y fue entrando en su vida.

Aquella noche, apoyada sobre su hombro, la moza pensó en los lindos hijos que tejería para aumentar aún más su felicidad.

Y fue feliz, por algún tiempo. Pero si el hombre había pensado en hijos, pronto los olvidó. Porque, descubierto el poder del telar, en nada más pensó salvo en todas las cosas que este podría darle.

—Nos hace falta una casa mejor —le dijo a la mujer.

Y parecía justo, ahora que eran dos. Exigió que eligiese la más bonitas lanas de color ladrillo, hilos verdes para los batientes, y prisa para concluir la casa.

Pero, lista la casa, ya no le pareció suficiente.





—¿Por qué tener una casa, si podemos tener un palacio? —preguntó.

Sin esperar respuesta, inmediatamente ordenó que fuese de piedra con remates de plata.

Días y días, semanas y meses trabajó la moza tejiendo techos y puertas, y patios y escaleras, y salas y pozos. Fuera caía la nieve, y ella no tenía tiempo para llamar al Sol. La noche llegaba, y ella no tenía tiempo para rematar el día. Tejía y se entristecía, mientras sin parar batían los peines acompañando el ritmo de la lanzadera. Por fin el palacio quedó listo. Y el marido eligió para ella y su telar, entre tantas habitaciones, la más alta en la más alta torre.

—Es para que nadie se entere del tapiz —dijo, y antes de cerrar la puerta con llave, advirtió—: Faltan los establos. ¡Y no te olvides de los caballos!

Sin descanso tejía la mujer los caprichos del marido, llenando el palacio de lujos, los cofres de monedas, las salas de criados.

Tejer era todo lo que hacía. Tejer era todo lo que quería hacer.

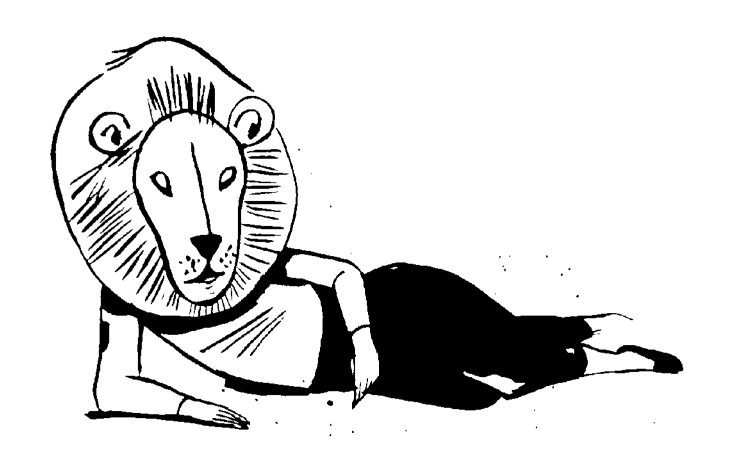
Y tejiendo, ella misma trajo el tiempo en que su tristeza le pareció mayor que el palacio con todos sus tesoros. Y por primera vez pensó qué bueno sería estar sola de nuevo.

Solo esperó a que anocheciera. Se levantó mientras su marido dormía soñando con nuevas exigencias. Y descalza, para no hacer ruido, subió la larga escalera de la torre. Se sentó al telar.

Esta vez no necesitó elegir hilo alguno. Sujetó la lanzadera al revés y, manejándola veloz de un lado al otro, comenzó a deshacer su tejido. Destejió los caballos, los carruajes, los establos, los jardines. Después destejió los criados y el palacio y todas las maravillas que contenía. Y nuevamente se vio en su casa pequeña y sonrió hacia el jardín más allá de la ventana.

La noche acababa cuando el marido, extrañado por cama tan dura, se despertó y, con asombro, miró a su alrededor. No tuvo tiempo de levantarse. Ya deshacía ella el dibujo oscuro de los zapatos, y él vio desaparecer sus pies, sus piernas esfumarse. Rápida, la nada le subió por el cuerpo, ocupó el pecho aplomado, el emplumado sombrero.

Entonces, como si oyese la llegada del Sol, la moza eligió un hilo claro. Y fue pasándolo despacio entre los hilos, delicado trazo de luz que la mañana repitió en la línea del horizonte.



Entre león y unicornio

En medio de la noche de bodas, el Rey se despertó con mucha sed. Iba ya a levantarse cuando, junto a la cama, del lado de su flamante esposa, vio acostado un león.

—Sin duda —pensó el Rey más sorprendido que asustado—, estoy teniendo una pesadilla.

Y mudando de posición para interrumpir el mal sueño, apoyó la real cabeza sobre la real almohada. Se durmió enseguida.

De hecho, a la mañana siguiente, el león había desaparecido sin dejar ni olor ni rastro. Y el Rey pronto olvidó haberlo visto.

Olvidado habría quedado, si un tiempo después, despertándose en la noche entre un suspiro y un ronquido, no se hubiese topado con él en el mismo lugar, aleonado y vigilante. Esa vez le costó más dormirse.

Cuando la Reina despertó, el Rey le contó lo del extraño visitante nocturno que ya se había presentado dos veces en su habitación.

—¡Oh, señor, marido mío! —le dijo ella turbada—: no osé revelároslo antes de la boda, mas ese león desde siempre me acompaña. Mora en la puerta de mi sueño, y no deja entrar ni salir a nadie. Por eso no tengo sueños, y mis noches son oscuras y huecas como un pozo.

Apenado, el Rey le preguntó qué podría hacer para librarla de tan cruel carcelero.

—Cuando el león aparezca —respondió—, coged la espada y cortadle las patas.

Aquella misma noche, antes de acostarse, el Rey puso al lado de la cama su espada más afilada. Y en cuanto abrió los ojos en la penumbra, ¡zas!, cercenó las patas de la fiera de un solo golpe. Después, más sosegado, retomó el sueño.

Durante algún tiempo durmió todas las noches hasta la mañana sin sobresaltos. Pero una madrugada

calurosa, en que los edredones de pluma parecían pesar sobre su cuerpo, despertándose muy sudoroso, vio que la habitación real estaba invadida por bandadas de colibríes y que un enjambre de abejas se agrupaba en la cabecera. Se cubrió deprisa la cabeza con la sábana y, debajo de aquella especie de mortaja, atravesó las horas que aún lo separaban del amanecer.

Sólo al advertir el primer desperezarse de la Reina, asomó la cabeza y le contó los animalillos que había visto.

—Durmiendo a vuestro lado, mi querido esposo, cada vez más dulces y más floridos se hacen mis sueños —explicó ella sonriendo con ternura.

Y él, derritiéndose de tanto amor, le dio un beso en la frente.

Pasaron muchos meses en calma.

Pero una noche, habiendo cenado más de lo que debía a la mesa del banquete, el Rey despertó en medio del silencio. Se levantó dispuesto a tomar un poco de aire en el balcón, cuando, caracoleando sobre el mármol del real aposento, vio acercarse un unicornio azul.

No se atrevió a tocar a un animal tan inexistente. No se atrevió a volver a la cama. Perplejo salió a la

terraza, cerró rápidamente las puertas de cristal y, encogido en un rincón, esperó que la mañana le permitiese hablar con la Reina.

—Es la montura de mi imaginación —se excusó ella—. Lleva mis sueños a donde yo no tengo acceso. Galopa la noche entera sin que yo lo controle.

Al Rey aquello le pareció tan bonito que a la noche siguiente, ya por deseo, ya por azar, en el momento en que la mujer se durmió, él despertó. Allí estaba el unicornio con su cuerno de cristal, batiendo leve los cascos, listo para la partida. Esta vez el Rey no temió. Le puso la mano al cuello, alisó el suave azul del pelo, y montó de un salto.

Los unicornios de los sueños no relinchan. Este levantó la cabeza, sacudió las crines y, como si pisase los caminos del viento, partió al galope.

Galoparon toda la noche. Mas antes de que el Sol naciese, cuando la oscuridad apenas comenzaba a disiparse en el horizonte, una vez más los cascos se posaron en el mármol. Y la real cabeza se apoyó en la almohada.

—Soñé que vuestra majestad huía con la montura de mi imaginación —le dijo la Reina a su esposo, por la mañana—. Pero estoy muy contenta de veros ahora a mi lado —añadió con una reverencia.

El Rey, empero, apenas conseguía esperar el final del día. Tan rico y vasto había sido el viaje, que solo deseaba nuevamente montar en aquel lomo y, azul en el aire azul, descubrir nuevos rumbos. Por primera vez las tareas de la corona le parecieron pesadas, y tediosa la corte. De la Reina solo deseaba que, cuanto antes, se durmiese.

De esta forma, noche tras noche, partió el Rey a lomos del unicornio, para sólo regresar al amanecer.

Y cada noche que pasaba más diferente se volvía.

Ya no quería guerrear ni bailar en los salones. Ya no se interesaba por cacerías o tesoros. Encerrado solo en la sala del trono durante horas, no paraba de pensar, galopando en el recuerdo, libre como el unicornio.

Resentíase, empero, la Reina con aquella ausencia. Enferma casi de tanta desatención, mandó por fin llamar a la más fiel de sus damas de compañía. Y en gran secreto diole las órdenes: debería esconderse debajo de la cama real, cuidando de no ser vista. Y esperar allí el sueño de la Reina. Tan pronto esta se durmiese, vería surgir un león sin patas. Que no temiese. Que cogiese las patas que yacían cercenadas frente a él y, con un hilo de seda, las cosiese en su lugar.

Habiendo obtenido de la moza la promesa de que todo lo haría conforme a lo explicado, se acostó la Reina después de oscurecer, pretextando gran cansancio. Inmediatamente el Rey la acompañó.

Costaba, empero, que el sueño llegase. Daba vueltas y más vueltas la pareja real sobre el colchón, mientras debajo la dama de compañía esperaba. Y, de tanto esperar, el sueño acabó llegándole primero a ella que, sin darse cuenta, se durmió.

Se despertó muy entrada la noche, cuando ya el unicornio había ido a buscar a su jinete. Asustada, no queriendo faltar a la promesa y oyendo el roncar de la Reina, se arrastró hacia fuera de la cama. Allí estaba el león, acostado e inmóvil. Allí estaban, frente a él, las patas. Rápidamente cogió la aguja enhebrada con largo hilo de seda y, con puntadas bien firmes, cosió una pata. Después la otra.

Los leones de los sueños no rugen. Este levantó la cabeza, sacudió la melena y, firme sobre las patas, retomó su tarea de guardián. Ningún sueño más saldría de las noches de la reina. Ninguno entraría. Ni siquiera aquel en que un unicornio azul galopaba y galopaba, llevando a cuestas a un Rey para siempre errante.



La mujer enramada

Verde claro, verde oscuro, cuadro de flores, arbusto esculpido, y de nuevo verde claro, verde oscuro, inmensa sábana de césped; allá lejos, el palacio. Así el jardinero veía el mundo cada vez que levantaba la cabeza en el trabajo.

Y veía carruajes que llegaban, siluetas de damas que arrastraban los mantos por las alamedas, caballeros que se iban de caza.

Pero a él, en el rincón más apartado del jardín, que a su cuidado estaba, nadie lo veía. Plantando, podando, ocupándose de la tierra, se confundía casi con sus plantas, se mimetizaba con las estaciones. Y

si a veces, distraído, murmuraba algo a solas, su voz no se entrelazaba con la música distante que venía de los salones, sino que se quedaba entre las hojas, sin que nadie fuese a cogerla.

Ya se hacía grande y frondoso el primer árbol que había plantado en aquel jardín, cuando un dolor de soledad comenzó a enraizarse en su pecho. Y pasados días, y pasados meses, pero no pasado el dolor, se dijo a sí mismo el jardinero que era tiempo de tener una compañera.

Al día siguiente, traídos en un saco dos hermosos plantones, el hombre eligió el lugar, se arrodilló, cavó cuidadoso el primer hoyo, midió un palmo, cavó el segundo, y con gestos sabios de amor enterró las raíces. Alrededor hundió un poco la tierra, para que el agua de lluvia y de riego mantuviese siempre húmedos los rosales.

Hubo que esperar. Pero él, que llevaba tanto tiempo esperando, no tenía prisa. Y cuando los primeros, tenues retoños, despuntaron, cariñosamente los podó, y se dispuso a esperar de nuevo, hasta que otro brote se hiciese más fuerte.

Durante meses trabajó guiando las ramas de forma que cumpliesen el diseño que solo él conocía, podando las tercas púas que escapaban a la armonía

exigida, y poco a poco, entre sus manos, el arbusto fue tomando forma, haciendo surgir de los pies plantados en el césped dos lindas piernas, después el vientre, los senos, los gráciles brazos de la mujer que sería suya. Por último, con mayor cuidado, la cabeza, levemente inclinada hacia un lado.

El jardinero dio aún los últimos retoques con la punta de las tijeras. Ordenó el cabello, redondeó la curva de una rodilla. Después, alejándose para mirar, murmuró encantado:

—Buenos días, Rosamujer.

Ahora, levantando la cabeza del trabajo, ya no buscaba la distancia. Se volvía hacia ella, sonreía, contaba el largo silencio de su vida. Y cuando el viento azotaba el jardín agitando los brazos verdes, moviendo la cintura, él sentía doblegarse de amor, como si el viento lo agitase por dentro.

Acabó el verano, hízose el invierno. La nieve envolvió con su mármol a la mujer enramada. Aun sin plantas para cuidar, ahora que todas descansaban, iba el jardinero todos los días a visitarla. Vio a la nieve hacerse hielo. Vio al hielo deshacerse en gotas. Y un día en que el Sol parecía más tibio que de costumbre, vio de repente, en la yema de los dedos ramosos, surgir el primer brote de la primavera.





En poco tiempo, el jardín vistió el satén de las hojas nuevas. En cada tronco, en cada tallo, en cada pedúnculo, la savia empujó hacia fuera pétalos y pistilos. Y aun en la oscuridad de la tierra despertaron los bulbos, desperezándose en pequeñas puntas verdes.

Pero mientras todos los arbustos se ornaban de flores, ni una sola gota de rojo brillaba en el cuerpo del rosal. Desnudo, obedecía al esfuerzo de su jardinero que, temiendo que la floración viniese a romper tanta belleza, cortaba de raíz todos los capullos.

De tanto contrariar a la primavera, el jardinero cayó enfermo. Y ardiendo de amor y fiebre en la cama, inútilmente clamó por su amada.

Muchos días pasaron antes de que pudiese volver al jardín. Cuando consiguió al fin levantarse para buscarla, percibió de lejos los efectos de su ausencia. Enredándose con los cabellos, deshaciendo la curva de la frente, una rosa desplegaba sus pétalos entre los ojos de la mujer. Y ya otra despuntaba en su seno.

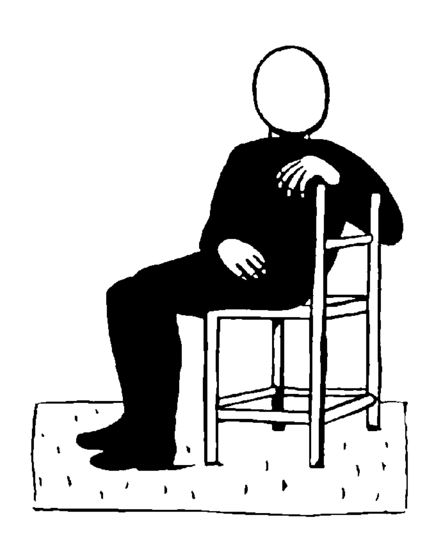
Inmóvil frente a ella, no paraba de mirar. Perdida estaba la perfección del rostro, perdida la expresión de la mirada. Pero de su amor nada se perdía. Florecida, le pareció aún más linda. Nunca Rosamujer

había sido tan rosa. Y su corazón de jardinero supo que nunca más se atrevería a podarla. Ni siquiera para mantenerla presa en su diseño.

Así, pues, dulcemente la abrazó, reposando la cabeza en su hombro. Y esperó.

Y sintiendo su espera la mujer-rosa comenzó a brotar, extendiendo ramas, abriendo hojas, envolviéndolo en yemas, capullo de flores y perfume.

A lo lejos, raras damas se sorprendieron con el súbito esplendor del rosal. Un caballero sofrenó a su caballo. Atraídos, se detuvieron por un instante. Después volvieron la cabeza y la atención, retomando su camino. Sin reparar, bajo las flores, en el estrecho abrazo de los amantes.



En el regazo del verde valle

Cansado. Así se sentía el Tiempo.

«Mucho más que viejo, mucho más que antiguo. Eso es lo que soy», pensaba andando hacia delante, él que no conocía otra dirección.

Explorando el pasado que traía a sus espaldas, no encontraba el día en que había comenzado a caminar. Ya había buscado mucho. Ahora hasta dudaba de que hubiese existido ese día, que él, como todo lo demás, hubiese tenido un comienzo. Hace tanto que andaba, que no sabía cuánto, y bien podía, hace otro tanto, estar andando.

Allá lejos, empero, en la juventud —si es que alguna vez había sido joven—, se acordaba de haber caminado con alegría, con los pasos, o el alma, leves. ¡Ah, sí! Había sido bueno. En aquella época, seguro de llevar a todo el mundo a rastras, como en una inmensa red, se llenaba de orgullo y de poder.

—Yo piso con el pie derecho —decía hundiendo bien el talón—, y traigo la primavera. Piso con el izquierdo —ya avanzaba el otro pie marcando la tierra— y va llegando el verano. Cada paso mío hace una flor, un fruto, una semilla.

Reía viendo girar las aspas del molino de viento.

—Poquita cosa —le decía—: si el viento se acaba, te mueres. Yo no, yo soy mi propio viento. Soy yo quien dispone el orden de todo, quien hace la hora del Sol y marca la noche de la Luna. Yo el que empuja todo este mundo hacia delante.

Esa había sido su razón para andar. Pero ahora, con tantas lunas acumuladas en su rastro, con tantas frutas deshechas en el suelo, ya no les veía la gracia. Pues no había nada por delante que no conociese.

Sólo no conocía una cosa. Detenerse.

Bastó pensar en la palabra y estremecerse del susto. Nunca antes se le había ocurrido esa idea. Por

primera vez desde la alegría, percibió que había tropezado con algo nuevo.

¿Sería posible detenerse?

«Pero si yo me detengo —pensó—, los hijos no se acaban de formar en el vientre de las madres, los pajaritos en los nidos no aprenden a volar.»

Y continuó andando.

Pero la idea siguió camino con él, más tentadora a cada paso. Y el Tiempo comenzó a mirar el mundo con otros ojos, buscando en todo lugar la seducción que lo haría cometer audacia tan grande.

Miró la cascada. Se imaginó allí, con los pies metidos en el agua fría, oyendo para siempre el canto transparente.

«Pero si yo me detengo, se detiene el agua —pensó asustado—, la canción enmudece. No tendré ya qué oír, ni dónde mojar los pies.» Y, triste, movió las piernas hacia delante, una después de otra, como siempre.

Miró el bosque. Pensó lo bueno que sería tenderse sobre aquel musgo rasgado de sol. Y ya se veía casi lagarto, cuando recordó que los árboles dejarían de crecer, las hojas dejarían de moverse, el Sol dejaría de brillar. Y levantando las rodillas con cansancio y tedio, siguió avanzando.

Llegó al desierto.

—¡Por fin un hermoso mundo inmóvil! —exclamó.

Pero de la cresta de las dunas el viento sopló arena en sus ojos, y él advirtió que tampoco allí podría quedarse. Y fue al mar, y vio las olas. Y pasó por el lago, y vio los peces. Todo se movía. Todo, pensó, estaba preso en la red que llevaba a cuestas.

Hasta llegar al valle. Liso, lindo, lento valle.

Las aguas se perseguían entre lago y arroyos, las espigas balanceaban la cabeza tirando granos al viento, las flores se volvían hacia el Sol. Allí también, en el mismo movimiento, nada estaba inmóvil.

—¡Pues yo lo estaré! —exclamó súbito el Tiempo, reconociendo en aquella paz todo su deseo.

Y poco a poco, suspirante, con miedo a su propio arrojo, se explayó en el valle, se tendió largo, más largo aún de lo que él mismo creía ser. Y por primera vez descansó.

Cielo arriba, dulce césped abajo, aún esperaba, empero, el desastre, el enorme desmoronamiento del orden. Y alisaba el pelo de ese suelo, finas varas y tallos, para llevarlo en la memoria de las manos cuando hubiese que levantarse y recomenzar la marcha para siempre, en castigo por aquel momento de flaqueza.

Silencio en el valle.

«Se acabó —pensó, abrumado por la culpa—, todo se ha detenido.»

La luz del Sol pareció oscurecer.

—Es el fin —y entrecerró los ojos.

Pero llegó un mugido de lejos, se estremeció un conejo en el matorral, cayó una hoja. Para sorpresa del Tiempo, el mundo seguía su curso.

—¿No soy yo, pues, quien mueve todo esto? —se preguntó intrigado, sentándose.

Y de bruces, para mirar de cerca el mundo pequeño que nunca había tenido tiempo de mirar, vio al grillo saltar doblando hebras de césped, vio al escarabajo marcar su paso haciendo rodar la bola de estiércol, a la serpiente deslizarse formando curvas, cada uno a su ritmo, avanzando, tejiendo la red cuyas puntas él creía sujetar. Y allí, inclinado sobre la vida, descubrió lo que nunca había sospechado. No era él con sus pasos quien ordenaba todo, quien regía el salto del grillo, el viento en la espiga, las aspas del molino. Más bien eran ellos, grillo y espiga, cada uno de ellos quienes, con sus pequeños movimientos, daban los pasos del Tiempo.

Entonces abrió las manos, soltó la carga que creía llevar, apoyó la cabeza.

Serena, la nube se aleja. El sol vuelve a dibujar sombras.

En el regazo del verde valle duerme por el fin el Tiempo, mientras los pichones maduran en los huevos.



Una caracola junto al mar

—Nadie ha recibido jamás regalos tan ricos —dijeron todos los invitados al cumpleaños del hijo del Rey.

Y acabada la fiesta, mientras los músicos cansados guardaban sus instrumentos y el Sol ya cotilleaba por las rendijas en los salones, se prepararon para volver a sus casas.

Solo al fin en la habitación, rodeado de tantas preciosidades semejantes, el príncipe, empero, se dio cuenta de que una única cosa atraía su placer. Era la caracola rosa, bocina entreabierta, que le había regalado el Rey de un país distante.

—En mi reino —había dicho él—, nada es más precioso que el mar. Y mar os traigo. No la esmeralda de sus aguas frías, sino la voz con que las olas se mecen y las espumas se llaman. Cuando queráis oírla, basta apoyar la caracola del mar en la caracola de la oreja, y el sonido pasará de una a otra, inundando con vientos vuestra cabeza.

Curioso, el príncipe asió la caracola y se puso a escuchar. Un leve canto susurrado venía de allí dentro, brisa, alisios, aura, céfiro, que resbalaba por el interior de la caracola. Contaba profundidades y corrientes, cantaba sobre peces, algas y tritones. Nada de lo que el príncipe conocía era semejante a aquel canto y a sus historias. Nada era más bonito. Durante horas oyó. Después, cansado ya de la fiesta, puso la caracola junto a la cama y se durmió.

A la mañana siguiente, estirando el brazo y llevando la caracola al oído para comenzar el día entre olas, le cayó en el rostro una gota. Se sentó sorprendido, se pasó la mano por el cutis: sí, estaba mojado.

Entonces, lentamente, volteó la caracola y un hilillo claro se escurrió por la hendidura, fino y breve. Lo recogió, mínimo charco, en la palma de la mano. Probó el agua, y la punta de la lengua la confirmó salada, de salado mar.

Más precioso aún le pareció el regalo. Al contrario de lo que había dicho el Rey distante, le traía agua. No verde como esmeralda, ni profunda, sino un dedal de océano suficiente para mojar los labios o rociar la frente, disminuyendo la distancia que lo separaba del mundo cantado por la voz.

Pasó algún tiempo. Cada vez el príncipe se desinteresaba más de las diversiones de palacio. Cada vez se apegaba más a la caracola, entregado durante horas al marullo de sus historias. Y todas las mañanas, como si no pudiese comenzar el día sin ella, volcaba en la mano el agua y la acercaba al rostro, aspirando aroma de arrecife.

Fue una mañana, entonces, después de amanecer, cuando sobrevino la trenza. Una larga trenza rubia que el príncipe, con absoluto asombro, vio escurrirse por la hendidura en el flujo del hilillo, y allí quedarse, suspendida y goteando, en un leve balanceo. Rápido, antes de que su misteriosa dueña la recogiese, la sujetó con la yema de los dedos y, con firme delicadeza, comenzó a tirar.

Un gemido, una débil resistencia, un breve sollozo. De dentro de la caracola, debatiéndose entre relumbrar de escamas y rosada piel, poco a poco fue asomando una sirena.

Era pequeña, no mayor de un palmo, pero hermosa como todo lo que cantaba. Tan hermosa que, al verla, el príncipe pronto entendió su pasión por el mar, y más bonito le pareció aún lo que no conocía.

Inmediatamente dio órdenes para que se instalase a la sirena con toda comodidad. Se dispusieron minúsculos peines para sus largos cabellos. Y un acuario de cristal.

Pero nada parecía hacerla feliz. La pobrecita lloraba, lloraba. Y viendo el hilillo de lágrimas que corría por su rostro, el príncipe reconoció en él otro hilillo, océano de dedal con el que todos los días rociaba la mañana. No había mar alguno. El agua que él derramaba en la mano, vaciando la caracola, eran lágrimas de la sirena, que pronto con su llanto la volvía a llenar. Aquella que había sido su alegría no era más que la tristeza de ella. Y por haberla hecho sufrir la amó aún más.

De nada servía, empero, todo su cariño. De nada servían los minúsculos muebles y el pasar del tiempo. Ella solo quería el mar. Solo el mar podía hacerla sonreír.

El príncipe, entonces, le dijo a su padre:

—He mandado ensillar mi caballo. Voy a hacer un largo viaje.

Y colocada la sirena de vuelta en la caracola, guardada la caracola en una bolsita de cuero que se colgó al cuello, partió hacia el país salado de aquel Rey distante.

Durante días cabalgaron por la planicie. Por la noche, junto al fuego, el príncipe desanudaba los cordones de la bolsita, sacaba la caracola y, como antaño, la sirena cantaba para él. Durante días avanzaron por senderos de montaña. Cuando el viento soplaba violento y era necesario parar, el príncipe se apeaba en una gruta y, con la voz de la sirena a su vera, ahogaba el aullido de la tempestad. Largamente anduvieron, anduvieron atravesando la meseta, mientras el canto se hacía más armonioso a cada paso.

Hasta que llegó por fin el día en que, desde lo alto de un peñasco, el príncipe vio a sus pies el vasto y hondo azul que solo conocía en los ojos de la amada. Espoleó el caballo, llegó a la orilla. Y ansioso abrió la bolsita para liberar a la sirena y recoger su primera sonrisa. Pero la emoción le prendió los dedos entre cordones, la caracola resbaló, rodó, se escabulló, y sin que pudiese retenerla la vio caer, caer desde lo alto del peñasco, mancha rosa cada vez más pequeña en dirección al mar.

De rodillas, inclinado sobre el abismo, el príncipe llamó. ¿Era la voz de ella o el viento quien le respondía? ¿Era la marea o el canto? Allí abajo el agua escondía en espumas su transparencia.

Bajó agarrándose a las rocas, apoyando los pies en los salientes, asustando a las gaviotas en sus nidos. Bajó desollándose los dedos y llegó a la arena. Entonces vio que en la orla del mar, arrastrando sus encajes, la blanca enagua de las olas traía y llevaba muchas caracolas rosadas, muchas caracolas como aquella que escondía a su bien amada.

Cogió la primera, buscó en vano su voz, llevándola al oído. Cogió la segunda, la tercera. La playa era grande, no se veía el fin. Y él fue andando, recogiendo las caracolas una por una, mientras en las huellas de sus pies el agua venía a remansarse en un charco y a depositar otras caracolas.

Tal vez hoy siga andando. Lo cierto es que quien se acerque una caracola al oído solo oirá un marullo distante, ahogando para siempre la voz perdida de la sirena.



Donde los océanos se encuentran

Donde todos los océanos se encuentran, aflora una isla pequeña. Allí, desde siempre, vivían Lania y Lisíope, ninfas hermanas al servicio del mar. Que en el manso regazo de la playa venía a depositar a sus ahogados.

Correspondía a Lania, la más fuerte, sacarlos de los rompientes. Correspondía a Lisíope, la más delicada, lavarlos con agua dulce de la fuente, envolverlos en las sábanas de lino que juntas habían tejido. Correspondía a ambas devolverlos al mar para siempre.

Y en la tarea que nunca se agotaba pasaban las hermanas sus días de pocas palabras.

Fue uno de esos días cuando Lania, viendo un cuerpo boca abajo acercarse flotando, entró en las olas a buscarlo y, agarrándolo por los cabellos, lo trajo hasta la arena. Estaba casi a punto de llamar a Lisíope cuando, al volverlo boca arriba, advirtió que era un hombre joven y guapo. Guapo como nunca antes había visto alguno. Tan guapo, que prefirió ella misma buscar agua para lavar la sal, ella misma, con su peine de carey, desenredar aquellos rizos.

Al envolverlo, empero, en la sábana que le ocultaba el cuerpo y el rostro, tan grande fue su sufrimiento que, con susto, se descubrió enamorada.

No, ella no devolvería a ese mozo, pensó con firmeza y decisión. Y rápida, antes de que Lisíope llegase, corrió hacia una lengua de piedra que, estrecha y cortante, avanzaba mar adentro.

—¡Muerte! —llamó en voz alta al llegar a la punta—. ¡Muerte! Ven a ayudarme.

La Muerte no tardó mucho y, sin ruido, salió de dentro del agua.

—Muerte —dijo Lania con ansia—, desde siempre he aceptado todo lo que tú me traes, y trabajo sin pedir nada. Pero hoy, a cambio de tantos que te

he devuelto, te pido que seas generosa y me des al único que mi corazón ha elegido.

Conmovida por tamaña pasión, estuvo la Muerte de acuerdo, instruyendo a Lania: en la bajamar debería colocar el cuerpo del mozo sobre la arena, con la cabeza vuelta hacia el mar. Cuando la marea subiese, tocando sus cabellos con la primera espuma, él volvería a la vida.

Así lo hizo Lania. Y así ocurrió, que el mozo abrió los ojos y la sonrisa.

Pero en vez de sonreírle solo a ella que lo amaba tanto, muy pronto le sonrió más a Lisíope, y solo para Lisíope parecía tener ojos.

De nada servían las insistencias de Lania, las disculpas con que intentaba apartarlo de la hermana. De nada servía adornarse, cantar más alto que las olas. Cuanto más exigía, menos conseguía. Cuanto más lo buscaba para sí misma, más pertenecía él a la otra.

Así pues, un día, antes del amanecer, arrodillada sobre la punta de la piedra, Lania llamó nuevamente:

—¡Muerte! ¡Muerte! Ven a atenderme.

Y, cuando la Silenciosa llegó, entre llanto y rabia le pidió que atendiese solo su última petición. Que se llevase a la hermana. Y ya no querría nada más.

Seducida por tamaño odio, estuvo la Muerte de acuerdo. Y dio instrucciones: debería acostar a la hermana sobre la arena lisa de la bajamar, con los pies vueltos hacia el mar. Cuando, subiendo el agua, el primer beso de sal la acariciase, Ella la llevaría.

Y así fue como Lania esperó una noche de Luna, cálida y perfumada, y acercándose a Lisíope le dijo:

—Está tan linda la noche, hermana mía, que he preparado tu cama junto a la brisa, allí donde la arena de la playa es más fina y más lisa.

Y conduciéndola hasta el lugar donde ya había puesto su almohada, la ayudó a acostarse y la cubrió con el lino de la sábana.

Enseguida, furtiva, se deslizó hasta un árbol que crecía en la ribera de la playa y subió hasta la primera rama, escondiéndose entre las hojas. Con los ojos bien abiertos, esperaría a ver cumplida la promesa.

Pero la noche era larga, en la brisa venía aroma de jazmín, el mar solo murmuraba. Y poco a poco, agarrada al tronco, Lania se durmió.

Duerme Lania en el árbol, duerme Lisíope cerca del agua, cuando un rayo de luz de Luna viene a despertar al mozo que duerme, casi llamándolo afuera con todo su encanto. Y él se levanta y sale. Y atolondrado de perfumes camina, vaga lentamente por la



isla, hasta llegar a la playa y detenerse junto a Lisíope. En sueños, el rostro de ella parece aún más dulce, con la boca entreabierta en una sonrisa.

Sin osar despertarla, el joven se acuesta a su lado. Después, bien despacio, extiende su brazo hasta tocar la mano delicada que asoma fuera de la sábana.

Sube el amor a su pecho. En la noche, la marea sube.

Ya era de día cuando Lania, encaramada en la rama, despertó. Con luz en los ojos, buscó en la claridad. Vio la almohada abandonada. Vio la sábana flotando a lo lejos. De la hermana, ningún vestigio.

«La Muerte ha hecho lo acordado», pensó, bajando para correr al encuentro del mozo.

Pero no corrió mucho. Ante sus pasos, estampada en la arena, se topó con la forma de dos cuerpos acostados juntos. La marea ya había borrado los pies, pronto llegaría a la cintura. Pero en la arena mojada la marca de las manos se mantenía unida, como a la espera de las olas que subían.



Un deseo y dos hermanos

Dos príncipes, uno rubio y uno moreno. Hermanos, pero los ojos de uno azules, y los del otro verdes. Y tan diferentes en los gustos y en las sonrisas, que nadie los diría hijos del mismo padre, Rey que los amaba por igual.

Pero tenían algo en común: cada uno de ellos quería ser el otro. En los juegos, en las actitudes, frente al espejo, todo lo que uno quería era aquello que el otro tenía. Y con el alma siempre clavada en ese deseo insatisfecho, se olvidaban de mirarse a sí mismos, de ser felices.

Sufría el padre con el sufrimiento de los hijos. Queriendo ayudarlos, pensó un día que mejor sería dividir el reino, para que no acabasen luchando después de su muerte.

De todo lo que tenía, dio el cielo a su hijo rubio, que gobernase junto al Sol brillante como sus cabellos. Y le entregó las riendas de un caballo alado. Al moreno le cupo el verde mar, reflejo de sus ojos. Y un caballo marino.

El primer hijo montó en la grupa lisa, entre las alas blancas. El segundo se afirmó en el lomo áspero del hipocampo. A cada uno, su reino. Pero las piernas que rozaban las plumas espolearon al caballo hacia abajo, en dirección a las crestas de las olas. Y las rodillas que apretaban los ijares mojados ordenaron que subiese hasta la superficie.

Desde el aire, el príncipe de las nubes miró a través de su reflejo, buscando la figura del hermano en las profundidades.

Desde el agua, el joven señor del oleaje quebró con su mirada la lámina de la superficie buscando la silueta del hermano.

El de arriba sintió calor, y deseó tener el mar para sí, seguro de que nada lo haría más feliz que zambullirse en su frescura.

El de abajo sintió frío, y quiso poseer el cielo, seguro de que nada lo haría más feliz que volar en su tibieza.

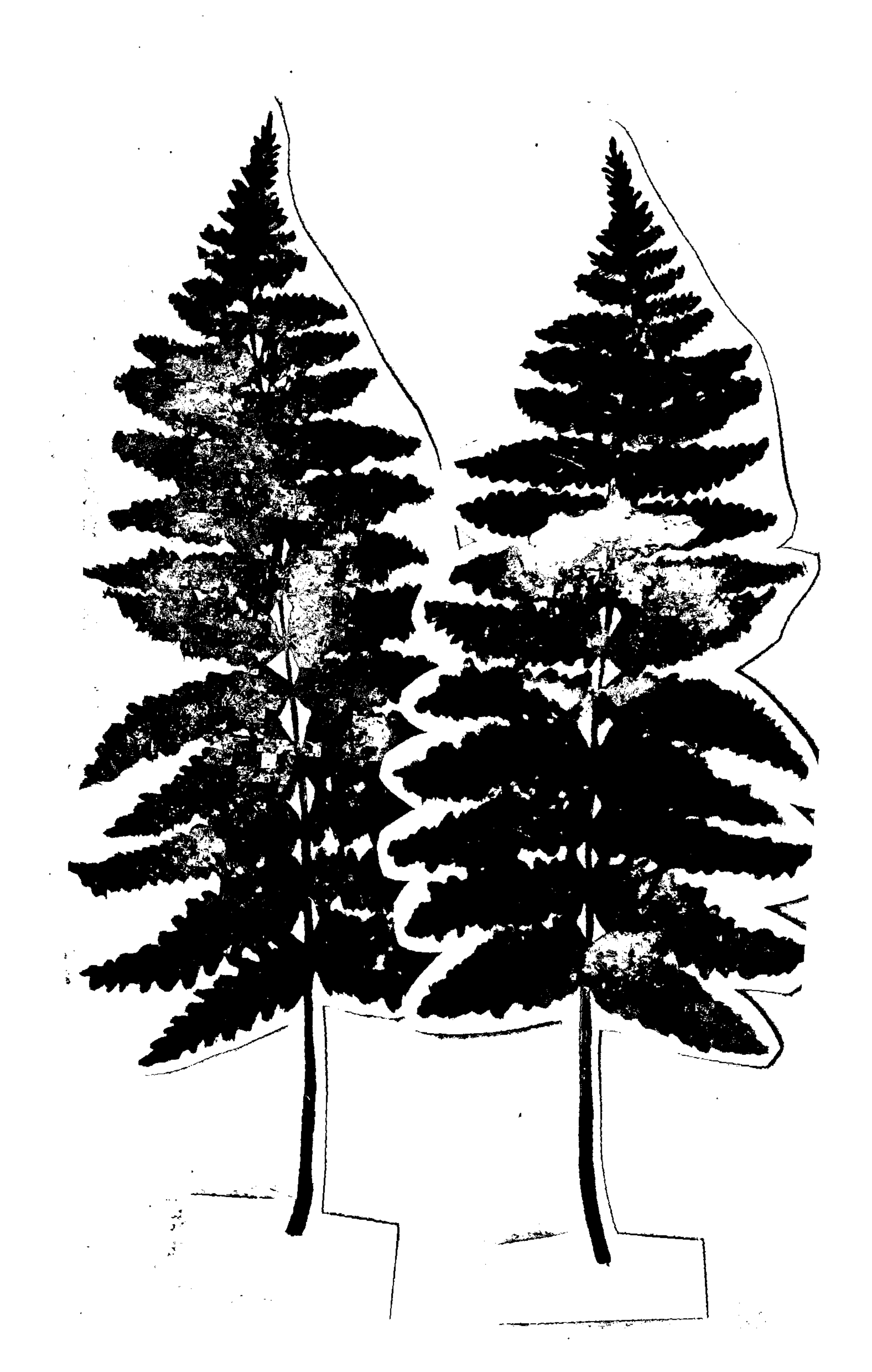
Entonces emergió el hocico del caballo marino y se mojaron las patas del caballo alado. Soplando entre los cuencos de las manos, los dos hermanos lanzaron su desafío. Alinearían los caballos al borde de la arena y partirían hacia la línea del horizonte. Quien llegase primero se quedaría con el reino del otro.

«La carrera será larga», pensó el primero. E hizo un carruaje de nubes que atrailló a su caballo.

«Tardaremos en llegar», pensó el segundo. Y prendió con algas un carruaje de espumas en el lomo del hipocampo.

Partieron juntos. Silencio en el agua. En el aire, relinchos y agitarse de plumas. Lejos, la línea de llegada dividiendo los dos reinos.

Los rayos del Sol pasaban por el carruaje de nubes y bajaban hasta el carruaje de espumas. Durante todo el día siguieron la carrera. Después brilló la Luna, la leve sombra de uno cubrió al otro de noche más profunda. Y cuando el Sol otra vez trajo su luz, se sorprendió de ver el caballo alado exactamente encima del caballo marino. Tan encima como si, desde la partida, no hubiesen salido del lugar.





Galopaba el tiempo, veloz como los hermanos. Pero la línea del horizonte continuaba igualmente distante. El Sol llegaba hasta ella. La Luna llegaba hasta ella. Hasta los albatros parecían alcanzarla en su vuelo. Solo los dos hermanos no lograban aproximarse.

De tanto correr ya se rasgaban las nubes del carruaje alado, y la espuma del carruaje marino se deshacía en ondas. Pero los dos hermanos no desistían, porque en eso también eran iguales, en el deseo de vencer.

Hasta que a la línea del horizonte le dio pena. Y despacio, sin dejar que la viesen, fue acercándose.

La línea se acercó. Y se acercó.

Bajó su vuelo el caballo alado, casi tocando el reflejo. Afloró el caballo marino entre encrespadas olas. Las plumas, espumas se volvieron. Cielo y mar, cada vez más próximos, confundieron sus azules, igualaron sus transparencias. Y las alas blancas del caballo alado, pesadas de sal, se entregaron al agua, las crines blancas rozando ya el pescuezo del hipocampo. Se deshizo el carruaje de nubes en la cresta de la última ola. Ola que creció, rodó, envolviendo a los hermanos en un mismo abrazo, echando un cuerpo contra el otro, juntando para siempre lo que estaba tan separado.

Se desliza la ola sobre la arena, depositando al vencedor. En la blanca playa del horizonte, donde todo se encuentra, avanza ahora un único príncipe, dueño del cielo y del mar. Con ojos y cabellos castaños, al fin feliz.



De suave canto

Las garzas llegaron en otoño. ¿Por qué venían las garzas a las puertas del frío, ellas que siempre anunciaban el final de la primavera?, se preguntaban todos en la aldea.

No parecían diferentes. Como en los años anteriores, se posaron al borde del pantano estirando las alas sobre las largas piernas. Como en los años anteriores, abrieron las plumas al viento y volaron silenciosas siguiendo su imagen sobre el agua.

A diferencia de otros años, no hicieron sus nidos entre los juncos de la margen. Nadie las vio marcando territorios, llevando ramitas en el pico. ¿Por qué

no se preparaban para el momento de los huevos?, se preguntaban todos en la aldea.

De vuelta del pantano, un cazador trajo la noticia. Aquel año estaba reservado para el nacimiento de la hija de la Reina de las Garzas. Y dijo haber visto centenares de garzas que, formando una barrera con su cuerpo, protegían a la Reina del viento frío.

Muchas garzas murieron en aquel invierno cuando el pantano se heló. Blancas sobre la nieve blanca, nadie quiso contarlas. Pero la bandada aún era numerosa cuando la primavera llegó, tiñendo de rosa la punta de sus alas.

¿Habría nacido la princesa?, se preguntaban todos en la aldea.

Hasta que oyeron cantar.

Comenzó al atardecer, duró la noche toda. Y cuando amaneció, sin que nadie hubiese podido dormir, el canto continuaba.

Venía del pantano. Canto de pájaro, canto de moza, suavísimo canto que nada interrumpía.

—Voy a ver de qué se trata —dijo el primer hombre de la aldea. Y fue.

El canto continuaba sin que él hubiese vuelto.

—Voy a ver qué ha ocurrido —dijo el segundo hombre de la aldea. Y fue.

Oíase el canto, pero ni señal del hombre.

—Voy buscar a los otros dos —dijo el tercer hombre de la aldea. Y fue.

Nadie cerraba ya las ventanas para no apagar el canto. Y el hombre no venía.

—Voy a acabar con esa historia —dijo valiente el cuarto hombre de la aldea. Y fue.

Pero nada interrumpió el son que a todos seducía. Ni volvió el hombre.

Por fin, Taín.

Era el más mozo, el más guapo. La madre no quería dejarlo ir. La hermana no quería que él fuese. Pero el canto llamaba, y él no podía quedarse.

Entonces la hermana le dio una cuerda de seda. La madre le dio un cuchillo de plata. Y él fue.

Muchas horas caminó en la dirección trazada por el canto. Hasta sentir barro bajo los pies y saber que estaba cerca. Delante se extendía el pantano. Y, desde la margen, Taín vio que un árbol crecía en el agua oscura y que, en la más alta de las ramas, rodeada de garzas, una linda joven cantaba sin parar.

En vano, ya llevado por la pasión, Taín intentó responder a aquel canto sin palabras. Ningún sonido semejante salía de su garganta. Y viéndola distante, más allá del barro, temió no poder alcanzarla nunca.

Toda la noche, sin dormir, pensó en las cosas del amor que le diría si hablase la misma lengua, y buscó en la memoria alguna voz parecida a la suya.

Al amanecer ya sabía. Se acercó al sauce que hundía raíces en el agua, escogió una rama alta, otra junto al suelo. Y con lazos firmes, extendió la cuerda de seda de arriba abajo, varias veces, hasta tejer una enorme arpa.

La brisa de la mañana venía de la planicie. Amarrada por las cuerdas suspiró, gimió, intentó huir. Pero las manos de Taín estaban allí para retenerla, tañendo la seda, canto de pájaros, canto de mozo.

Oyendo la respuesta de amor, una a una las garzas abrieron alas y se fueron, dejando a la moza sola.

Pero al borde del pantano Taín sabía que no podía entrar en el barro a buscarla, y hundirse como habían hecho los otros. Entonces desenvainó el cuchillo de plata, cortó dos ramas rectas y, en medio de cada una, hizo una ranura.

En la aldea cesó el canto.

—¿Por qué se calla? —todos se preguntaron.

Encajados los pies en las ranuras, zancudo como una garza, Taín avanzó por el lodo, con una amplia sonrisa dirigida a la Princesa que lo estaba esperando.

En el cielo de la aldea una garza, dos garzas, nubes de garzas cubren el sol. Se desliza a lo lejos la blanca bandada.

—¿Estarán volviendo? —se preguntan todos en la aldea.



El rostro tras el rostro

Vencedor de tantas guerras, el Guerrero de las Tiendas de Fieltro se apoderó un día de aquel reino y, abandonada la vida nómada, decidió para siempre habitar el castillo ahora suyo. Sin que nadie, empero, le hubiese visto el rostro, cubierto desde los campos de batalla por oscura máscara de acero.

—Se la quitará junto con la armadura —dijeron los súbditos—. Cuando no haya más enemigos y todo el peligro haya pasado.

Pero, pasado el peligro, pasó con él el tiempo, y ya nadie se preguntaba qué rostro respiraría por de-

trás de la máscara. Ni siquiera después de dejar la armadura y deponer las armas.

Entre tanto, como deseaba casarse, el Guerrero envió a sus embajadores a países vecinos: que llevasen su proposición y trajesen a princesas interesadas en gobernar con él aquel reino.

En palanquín, en carruajes, a lomo de camello y encima de elefantes, vinieron muchas. Una a una subieron las escalinatas del castillo y, en la sala del trono, fueron presentadas a su pretendiente. Pero una a una, asustadas por la máscara de acero, huyeron por las escalinatas y volvieron a sus países tal como habían venido.

Ya desesperaba el Guerrero, cuando la más delicada de las jóvenes llegó montada en un oso pardo, se apeó frente al primer peldaño y, entrando en la sala del trono, serenamente le sonrió.

—Si me amáis —dijo el Guerrero detrás de la máscara—, os lo daré todo. Menos una cosa. Nunca pidáis ver mi rostro.

—No necesito vuestro rostro si tengo vuestro corazón —respondió la moza.

Y felices, en medio de gran fiesta, se casaron.

Con todo, pasado un año, se entristecía la Reina ante aquella fisonomía oculta, lisa superficie en la

que nada se leía, ni risa ni llanto. Y acabó por implorarle al marido que se la quitase, dejándose ver.

—Porque os amo, hago lo que me pedís —dijo el Guerrero.

Pero retirada la máscara de acero, vio la Reina con espanto que debajo de aquélla no había rostro, sino otra máscara de bronce, detrás de la cual oyó al Guerrero murmurar:

—Si vuestro amor por mí aún existe, no volváis a hacerme jamás una petición como ésta.

Durante un tiempo ella no lo hizo, y hasta pareció que se conformaba con acariciar la fría piel de metal.

Pasado un año más, empero, comenzó la Reina a consumirse en silencio, incapaces los médicos de encontrar remedio para tanta melancolía. Y preguntándole al fin el Guerrero qué podría hacerla feliz, recibió la respuesta que más temía: la súplica de que se deshiciese de la máscara, dando a conocer su rostro.

—Por encima de todo está mi amor por vos —dijo el Guerrero.

Pero los dedos que desprendieron las hebillas de bronce no revelaron ojos, ni boca, ni nariz. Para desesperación de la Reina, entregaron solamente dos

oscuras hendiduras talladas en el rojo de la máscara de laca, donde el fino trazo de un pincel había dibujado labios sin sonrisa.

—Si de verdad amáis mi vida —sollozó la voz ahogada—, no queráis nunca más conocer mi rostro.

No, ella no quería. Durante un año se esforzó por amar el brillo de sangre con que lucía la máscara de su marido. Durante un año se esforzó en creer que ese era su destino y siempre lo sería.

Durante un año. El tiempo de su resistencia.

Entonces, una noche se decidió. Encendida una vela, avanzó en dirección al sueño del Guerrero. Pedir, nunca más. Quitaría la máscara levemente, y la pondría en su lugar, guardando consigo el secreto. Bastábale saber.

Leves dedos posan en la laca su blanco toque. Las hendiduras de los ojos velan inútiles, incapaces de ver la luz que se aproxima, el cordón que se suelta. Inclínase la Reina. Súbito, su grito rasga el sueño del Guerrero. Y ella, herida de espanto, se tambalea, deja caer la vela sobre las sedas de la cama y huye, huye por puertas y corredores, baja loca las escaleras, oyendo detrás de sí el cantar del fuego que se expande.



Arde el castillo. En el jardín, los súbditos advierten al Guerrero que llega a la ventana entre relumbrar de llamas. Y, presos de estupor, ven la máscara ceder al calor, deshacerse poco a poco la laca en gotas de fuego. Sin que nada aparezca en su lugar, rostro alguno. Sólo un oscuro vacío rodeado de cabellos, que la llamarada enciende en un abrazo.



Un puente entre dos reinos

El día en que la niña nació, la madre mandó afilar las tijeras.

—El cabello largo da mucho trabajo —dijo.

Y la primera noche de Luna nueva, uno a uno, le cortó todos los bucles.

A partir de entonces, siempre que la noche encerraba a la Luna en su boca oscura, la madre cortaba la parte que había crecido. No servía de nada el llanto de la niña que pedía trenzas.

—Es para darle fuerza —rezongaba la madre en un abrir y cerrar de cuchillas.

Pasados los años, empero, advirtió que su tarea se hacía cada vez más difícil. Ciegas las tijeras, luchaban duramente para podar el brote de los mechones. Compró unas tijeras mayores, más resistentes. Que pronto perdieron el corte y la resistencia. En vano intentó con cuchillo, navaja, hacha. Ya nada parecía capaz de cortar aquellas hebras brillantes como acero.

Y llegó la noche en que, negro el cielo, los cabellos de la moza pudieron al fin crecer libremente. Y crecer. Y crecer. Llegando hasta los hombros. Bajando por la espalda. Pasando la cintura. Tocando el suelo. Y arrastrándose por el suelo como un manto.

Solo ella podía quitarse hebras de sus cabellos. Escogía una bien bonita, con los dedos seguía su camino hasta la raíz. Y delicadamente la arrancaba, como una flor. Pero por cada hebra arrancada brotaba de la cabeza una gota de sangre, rojo brillante que iba rodando por los cabellos, endureciéndose en transparencias, hasta llegar al suelo, precioso rubí.

Viendo la riqueza caer a sus pies, la vieja no se cansaba de pedir hebras y más hebras.

Llorando, decía que la ropa lavada huía con el viento, se ensuciaba sin tener lugar donde secarla. Y la hija, comprensiva, escogía la más fuerte de las he-

bras para hacer de tendedero, sujetando las alas blancas de las sábanas.

Lamentándose, protestaba por la vejez: tan sorda estaba que ya no oía el canto de la alondra al amanecer. Tal vez si la tuviese más cerca... Y la hija, compasiva, descubría la más flexible de las hebras para trenzarlo como una red y aprisionar al pájaro de la mañana.

Quejumbrosa, afirmaba que, sin tener donde crecer, la glicina sin duda moriría. Y la hija, complaciente, se quitaba la más larga de las hebras y con ella armaba la pérgola en que la glicina echaría sus flores.

Hebra tras hebra, rodaban los rubíes, que la vieja rápidamente escondía en sus bolsillos. Hebra tras hebra, se difundía la fama de esos cabellos, y las personas venían de lejos a admirarlos. Hebra tras hebra, el rumor de la moza única acabó llegando a palacio, donde el Rey, deseoso mucho tiempo atrás de extender un puente hasta el reino vecino, pidió que la llevasen ante él.

—Puedes ir —le dijo la madre a su hija cuando los mensajeros reales llegaron a su casa—. Pero no te quites una sola hebra lejos de mí.

Y estando al fin la moza de pie frente al trono, la corte se extasió con la cascada de cabellos que on-

dulaba al menor movimiento, escurriéndose detrás de ella por las salas. Se extasió aún más el Rey, y pronto pidió algunas hebras para unir los dos peñascos sobre el río.

—Mañana os los daré —respondió ella con una reverencia.

De vuelta a su habitación, se arrancó sin vacilar la primera hebra, que se añadió a la segunda, que a la tercera se añadió. Y por la puerta fue empujando aquel cabello más que cuerda, aquella hebra más que cuerda, serpiente que atravesó el umbral, siguió por la calle, cruzó la plaza, pasó por fuentes y jardines, hasta llegar al portón del palacio.

Nunca antes se había visto algo tan resistente. Nunca antes se había conseguido algo tan largo. Y aquel mismo día comenzaron los trabajos del puente.

En los bolsillos de la vieja, tres rubíes más se habían ido a juntar al tesoro ya acumulado.

Pasado algún tiempo y, estando listo el puente, nuevamente el Rey mandó llamar a la joven. Irían hasta el peñasco a cruzar por primera vez al otro reino.

—Puedes ir —dijo la madre cuando los mensajeros reales llegaron a su casa—, pero solo si vas detrás de mí.



Y pavoneándose salió rumbo a palacio, seguida por la hija.

En fiesta se reunió la corte. La cual, rodeada por el pueblo, entre cantos y danzas, llegó finalmente al peñasco y, desde allí, agitando brazos y estandartes, saludó a la corte vecina, del otro lado.

Ya el Rey avanzaba para dar los primeros pasos sobre el puente, cuando la vieja se adelantó robándole el camino.

—¡Seré yo la primera, madre de esa hija tan preciosa!

Y, sin esperar, siguió sobre el vacío.

Pero sus pasos son duros para el puente tan delgado que se balancea al viento, y pesan demasiado los rubíes amontonados en los bolsillos. Súbitamente, el pie resbala, pende el cuerpo, la mano sin fuerza no encuentra apoyo y, perdida toda altivez, la vieja se precipita en el río, mientras en la oscuridad de la ropa las piedras de sangre tintinean unas contra otras.

Se inclina la corte al borde del peñasco. Se inclina la corte vecina que espera del otro lado. Allí abajo nada aparece. En la garganta escarpada el agua corre verde, profunda, sin espumas.

Encima respira el viento de la tarde rozando las costas en las hebras extendidas. Pronto se hará de

noche. Entonces el Rey ofrece su mano. Y, apoyándose en ella levemente, la moza avanza por el puente, uniendo los dos reinos bajo los aplausos de ambas cortes.



En busca de un reflejo

De repente, una mañana, buscándose en el espejo para hacerse trenzas, no se encontró. La luz de plata, ciega, nada le devolvía. Ni facciones, ni sombra, ni reflejos. Inútil pasar un paño al espejo. Inútil pasarse las manos por el rostro. Por más que sintiera la piel bajo los dedos, allí estaba ella como si no estuviese, presente el rostro, ausente lo que del rostro conocía.

—Imagen mía —murmuró afligida—, ¿dónde estás?

¿Y si se hubiese quedado olvidada en el lago, donde el día anterior se había estado mirando? Asusta-

da, corrió por los jardines, temiendo por el rostro abandonado, flotando entre nenúfares.

—Lago, lago, ¿qué has hecho con la imagen que ayer dejé en tu agua? —preguntó. Y dos lágrimas rompieron la lisura de la margen.

—¿Cómo quieres que lo sepa, si vienen tantos a buscarse en mí? —respondió el lago desdeñoso—. Tal vez se la ha llevado el riacho, con otras menudencias —agregó.

Y con la hidalguía de quien acomoda un manto, ondeó la superficie bordada de reflejos.

Imposible para la moza encontrar su imagen en la espuma con que el riacho salpicaba piedra tras piedra. Imposible aceptar que estuviese despedazada. Más fácil creer que había bajado siguiendo la corriente.

Se quitó los zapatos y, con los tobillos trenzados en tantos nudos de agua, siguió por el riacho. En cada remanso, en cada reflujo, en cada remolino buscó rostro o rastro. Sin que nada, empero, le dijese: estuvo aquí. Juntos atravesaron un campo, rodearon con curvas los primeros árboles del bosque, descansaron en el claro. Juntos entraron en la caverna.

Ni siquiera advirtió que entraba, tan grande era la boca, tan verde el musgo que la cubría. Anduvo aún

un poco allí dentro, vacilante entre tantos rumbos. Pero pronto hizo frío. Y hubo oscuridad alrededor. Las gotas caían de lo alto, gimiendo en las pozas en que el riacho parecía deshacerse. El miedo, entre rocas, batió alas. ¿Por dónde había venido? Miró en torno, buscó detrás de sí. Todo era tan semejante que no lograba distinguir caminos. Solo allí adelante, más allá de los arcos formados por la piedra, vio brillar la claridad.

—Tal vez por allí —pensó reconfortada.

Superado, sin embargo, el primer arco y el segundo, llegando al fin a la luz, se halló frente a un inmenso salón grutesco donde centenares de espejos cubrían las paredes, centenares de velas brillaban encendidas. Y ante cada espejo, sobre pedestales, reposaban jofainas de plata.

Atraída por aquel extraño lugar, bajó dos escalones, caminó hasta el primer pedestal, y ya se levantaba de puntillas para mirar dentro de la jofaina, cuando:

—¡Conque has venido a visitarme! —retumbó una voz estridente, golpeando de espejo en espejo.

Un susto, un salto. Solo en ese momento la moza advirtió a la Dama de los Espejos, tan bella y centelleante que entre brillos se confundía. Por un

instante, temiendo a aquella extraña mujer, se disculpó, no sabía que allí viviese alguien, no pretendía...

—Pero a mí me gusta tu visita —cortó la Dama con extraña sonrisa—. Hace tanto que vivo aquí sola sin que nadie venga a verme... ¡Creo francamente que deberías quedarte!

Y levantando la mano con gesto de relámpago, apuntó hacia la entrada de la gruta. Sin ruido, un espejo bajó y obstruyó el camino.

—Y ahora, joven curiosa —ordenó la voz cortante—, mira bien aquello que tanto querías ver.

Asustada, se inclina la moza sobre la jofaina. Y la descubre llena de agua, clara charca en que flota un rostro de mujer. No el suyo. Pálido rostro sin trenzas, que no la mira, encerrado en el círculo de plata.

—¿De quién es ese rostro, señora? —pregunta la moza intentando controlar el acicate del asombro.

—¡Es mío! —contesta hiriente la carcajada de la Dama.

Súbitamente una de las velas se apaga. En el espejo, detrás de ella, un rostro de mujer aparece y se inclina, ofreciendo al peine sus cabellos. No ríe ya la Dama. Exacta, avanza hacia el espejo y, casi sin tocarlo, coge con los dedos los bordes de la imagen, des-

prendiéndola lentamente del cristal. Por un instante, se estremece en el aire aquel rostro, pronto posado sobre el agua, donde nunca más peinará cabellos.

—¡Fue eso entonces lo que ocurrió con mi reflejo! —ansiosa, corre la moza de jofaina en jofaina, clamando el propio nombre, buscando. Y en cada quieta charca se enfrenta a una nueva imagen, sin que ninguna sea aquella que más desea.

Hasta que:

—¡Allí! —señala enérgica la Dama.

Inclinada al fin sobre sí misma, trazo a trazo, hermana gemela, la moza se reencuentra. Pero, ¿por qué no brillan de alegría los ojos que ella ve y no parecen verla? ¿Por qué no le vuelve la sonrisa a la boca tan seria?

Álzase la moza, sin que el rostro en el agua siga su movimiento. Flotan las trenzas rubias, como algas. Y nada altera la expresión prisionera.

—Por favor, señora, devuélvame mi reflejo.

—¡Imposible! —la lastima el grito de la Dama.

Y más calmada:

—Jamás un reflejo ha salido de aquí.

Después, en el largo silencio que se hace:

—Antes de que la noche acabe, comprenderás por qué.

¿La noche? ¿Ya es de noche, pues? Encerrada en la gruta entre velas encendidas, la moza no tiene noción del tiempo. Sabe solo que no quiere apartarse de sí misma, dejar su rostro solo en el agua fría. Y allí, junto a él, sin osar acariciarlo por miedo a borrarle los trazos, deja que las horas pasen en silencio.

Lejos, en un rincón sombrío, la Dama parece ocultarse, mientras el tiempo se gasta a la par del sebo de las velas.

Cabecea casi la moza cuando, de repente, la Dama se mueve, saliendo del rincón. Pero entre luz y sombra otro es su porte. Encorvados los hombros, la cabeza gacha y blancas mechas que escapan bajo la corona.

Trémula, jadeante, la Dama anda entre espejos y pedestales. Para ante cada jofaina casi ahorrando fuerzas, mira, y sigue. Ninguna la detiene demasiado. Hasta que un reflejo parece atraerla más que los otros. Y ella rodea la plata con las manos, en un último esfuerzo la levanta por encima de la cabeza, vertiendo lentamente el agua sobre su rostro.

Rostro que la moza, boquiabierta, ve transformarse poco a poco, hacerse joven, dueño de las facciones que antes flotaban en silencio.

Ríe la Dama, triunfante:

—¡Un reflejo es de quien sabe atraparlo! —desafía.

Sube la rabia por la garganta de la moza, arrastrando al miedo:

—¡Atrape el mío entonces! —responde con furia y gesto. Y agarrando la jofaina donde su rostro flota, la lanza contra el espejo.

El agua salta. Astíllase la luz. La gruta es todo estruendo, mientras en los cristales la plata se fragmenta. El aire estalla, extingue toda llama. Reverdeciéndose el rostro, las manos gateando por el pecho, la Dama se estremece, se demacra, se desvanece. Un grito se estrangula. Y destrozada en el suelo acaba entre estertores.

De repente, silencio y oscuridad. Caen gotas de lo alto. Un murciélago revolotea.

Asustada, la moza huye sobre fragmentos plateados y charcas, tropieza, se levanta, corre, y pisa leve al fin el dulce musgo.

Allí fuera, en la claridad de la mañana que apenas se anuncia, el riacho mantiene el antiguo trote, agua fresca y cantarina que parece llamarla. Y la moza se acerca, se arrodilla, extiende el mentón, con la boca entreabierta para aplacar la sed. Pero en el manso

fluir de la margen otra boca la recibe. Boca idéntica a la suya, que en el claro reflejo de su rostro de vuelta le sonríe.



Doce reyes y la moza en el laberinto del viento

Trescientos sesenta y cinco ángulos bien recortados tiene el laberinto de ficus, en medio del jardín.

—¿Para qué el laberinto, padre mío? —pregunta la hija.

—Para domar el viento —responde el padre—, que en cada arista se gasta, mitiga el soplo y sale al fin, leve brisa, sin estropear las flores.

Doce hornacinas con azulejos azules hay en el fondo del jardín. Y en cada hornacina un rey barbudo, de mármol.

—¿Para qué los reyes, padre mío?

—Para casarse contigo, hija mía, cuando llegue la hora.

Con los ojos fijos siempre abiertos, miran frente a sí los reyes barbudos. Y enfrente de su mirada pasa y vuelve a pasar la hija, creciendo en el jardín. Y pasa el tiempo que ellos no saben contar.

Hasta que un día, ya moza, dice la hija muy alto:

—Este año, padre mío, me casaré sin falta.

No mira a los reyes. Pero a ellos les habla, porque el año es nuevo y la hora ha llegado.

Hora del primer rey que, deshecha la rigidez del mármol, baja de la hornacina guarnecido de férrea coraza. Brilla el acero del pecho, centellea el cetro, mientras avanza y, majestuoso, pide al padre la mano de su hija.

Pero no es el padre quien responde.

—Me casaré con aquel que pueda alcanzarme —grita la moza corriendo hacia el laberinto.

Lento y tardo, sintiendo aún en el cuerpo peso de estatua, va el rey tras ella. Pero sus pies calzados de hierro no consiguen seguir los pasos ágiles que conocen el camino. Por más que la busque, sólo el viento parece esperarlo en los rincones, amarrándole las piernas, enfriándole poco a poco la coraza. Y

mientras él va y vuelve sobre sus propios pasos, perdido entre ángulos iguales y falsos corredores, el frío sube en su cuerpo, le invade la piel y la carne, le congela la sangre, devolviendo al mármol lo que del mármol había salido. Hasta paralizarlo en la antigua posición, de nuevo estatua.

Del otro lado del laberinto, la moza sale sola.

Pasa un mes en la calma del jardín. En espera de que la llamada llegue a sacarlo de su inmovilidad, mira el segundo rey a la moza, enamorado.

—Este año, padre mío, me casaré seguro —dice ella al fin.

Y el rey baja de la hornacina dispuesto a conquistarla. Trae un galgo con una correa prendida al collar. Y la voluntad de amar invadiéndole el pecho.

—Me casaré con aquel que siga mi rastro —desafía la moza en voz alta, ante el laberinto.

Libre de la correa va el perro, más rápido que el amo. Pero tantos años de mármol han endurecido su olfato y el hocico en el suelo sólo olfatea guijarros. En vano aviva el rey sus sentidos, en vano intenta él mismo adivinar perfumes que nunca pudo sentir. No hay perfumes en el viento que los acompaña y precede. Sólo el frío. Y envueltos en el frío pierden rastro y esperanza, pierden poco a poco las fuerzas.

Hasta dejarse dominar en su abrazo, rígidos y blancos, estatuas entre el verde.

Sola allí fuera sonríe la moza.

Pasado un mes, cabe al tercero la suerte. Pero no es suerte, porque el viento se la lleva, dejándolo, como a los otros dos, prisionero del laberinto.

Y la primavera trae el turno de otro rey, y de otro después de él, y de otro más. Cada cual lleno de certidumbre al abandonar el mármol de la hornacina. Para encontrarlo delante, más allá de las hojas.

Seis meses pasaron. Y seis reyes. En el aire frío del invierno avanza el séptimo, valiente, con arco y flechas al hombro.

—Me casaré con aquel que corte mi camino —le lanza la moza sin prisa, a la entrada del laberinto.

Entre las paredes de ficus el rey tensa el arco, afirma la flecha en la cuerda, afirma el ojo en la mira, bien firme su mano. Y parte la flecha rumbo al rumbo de la moza. Pero no es al rumbo adonde llega. Dominada por el viento se estremece, deshace la perfección del vuelo y va a perderse, inútil, entre las ramas.

De nada sirve la puntería del rey. A cada nueva tentativa el viento sopla más fuerte, lanzando las flechas lejos de su destino, impidiéndoles dar en el

blanco. Gastadas todas las oportunidades, vacía la aljaba, el arquero sabe que también se perderá.

Y viene el rey siguiente. Y aquel que le sigue. Y del décimo rey llega la hora.

Sobre la mano enguantada trae posado un halcón, con la cabeza cubierta por el capuz.

—Me casaré con aquel que cace mi fuga —provoca la moza mientras huye hacia el laberinto.

El rey saca el capuz y suelta al halcón que, como los de su especie, sube en círculo para bajar desde lo alto sobre la presa. Pero el cielo es demasiado luminoso para quien siempre vivió en la oscuridad. Y el halcón olvida la presa y el instinto, alejándose en el cielo.

Abandonado en el laberinto, el rey ya no tiene cómo salir.

El año está a punto de acabar. Solo dos reyes faltan ahora. Y dos meses.

Baja el primero de los dos. El otro espera. Y cuando la bella moza vuelve a pasar, sola, él sabe que le ha llegado el turno.

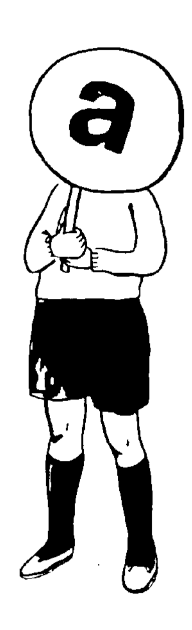
El último rey de hermosa barba avanza, la espada en mano.

—Con el hombre que descubra mi laberinto, solo con ese me casaré —dice ella buscándole la mirada, y se esfuma despacio entre muros verdes.



Pero el rey no la sigue, no busca su camino. Con toda la fuerza que siglos de mármol le han puesto en las manos, desenvaina la espada, levanta la hoja encima de la cabeza y, ¡zas!, abre un tajo en las hojas, y nuevamente, ¡zas!, corta y poda, y ¡zas!, ¡zas!, ¡zas!, desgaja, abate, arranca las raíces de los ficus.

Aúlla el viento escapando por las brechas, huyendo a cada golpe. Bajo la hoja, trescientos sesenta y cinco ángulos se deshacen. Hasta que no hay ya laberinto, solo hojas esparcidas. Y la moza. Que libre, en el césped, le sonríe.



Palabras aladas

Silencio era lo que más le gustaba al Rey. Y cada día parecía gustarle más. Cualquier ruido, decía, era cuchillo en sus oídos.

Por eso, muy joven todavía, mandó construir altísimos muros alrededor del castillo. Y pronto, no satisfecho, ordenó que por encima de los muros, y por encima de las torres, por encima de los tejados y de los jardines, pasase inmensa redoma de vidrio.

Ahora sí, ningún sonido entraba en el castillo. El mundo podía gritar allí fuera, que dentro nada se oiría. Y hasta la tormenta se volvió muda, sin que el

resonar del trueno o el correr del viento perturbasen la serenidad de las sedas.

—Oíd qué preciosidad —decía el Rey.

Y toda la corte se callaba, embelesada, oyendo el silencio.

Pero si los sonidos no podían entrar, verdad es que tampoco podían salir. Cualquier palabra dicha, cualquier estornudo, sollozo, canto, se quedaba vagando prisionero del castillo, sin que de nada le sirviesen rendija de ventana o puerta sin cerrar. Pues si bien era posible escapar a las paredes, nada los liberaba de la redoma.

Poco a poco, las palabras pasaron sin que nadie oyese sus pasos y se fueron acumulando por los rincones, las frases serpentearon en la superficie de los muebles, las interjecciones salpicaron las tapicerías, un maullido de gato arañó los corredores.

Y todo habría continuado así si un día, en el preciso momento en que su majestad recibía a un embajador extranjero, no hubiese atravesado la sala del trono una frase desgarrada. Frase de cocinero que, sobreponiéndose a los elogios reales, mandó al embajador desplumar, muy deprisa, una gallina.

Más que los oídos, la frase hirió el orgullo del Rey. Furioso, dio órdenes para que todos los sonidos usa-

dos fuesen recogidos y para siempre encerrados en el más profundo calabozo.

Durante días, los cortesanos se empeñaron en aquel nuevo deporte que los llevaba a sacudir cortinas y a rastrear debajo de los muebles. La audición certera abatía exclamaciones en pleno vuelo, maniataba rimas, desalojaba cuchicheos. Una condesa llenó un cesto con un centenar de acentos. Un marqués de monóculo hizo montoncillos de monosílabos. Y hasta hubo quien aseguró haber sostenido entre los dedos el delicado «no» de una doncella. Al fin se divirtieron tanto, tan entusiasmados quedaron con la tarea, que acabaron por instituir la Temporada Anual de Caza de la Palabra.

De temporada en temporada, se vaciaba el castillo de sus sones, se llenaba el calabozo de coloquios. Hasta tal punto, que llegó el momento en que allí no cabía ya siquiera el casi silencio de una coma. Y el Mayordomo Real se vio obligado a trasladar secretamente parte de los sonidos a aposentos olvidados de la primera planta.

Quiso el azar, por tanto, que el Rey pasase frente a una de esas habitaciones. Y al pasar oyó un murmullo, señal de conversación. Dispuesto a protestar, ya la mano se posaba en el picaporte, cuando el calor de

aquella voz lo retuvo. E inclinado hasta la cerradura para oír mejor, el Rey captó la llama, las palabras con que un joven, de rodillas tal vez, derramaba su pasión a los pies de la amada.

El recuerdo de aquellas palabras pareció volverle al Rey desde muy lejos, atravesando el tiempo, ardiendo nuevamente en el pecho. Y en cada una reconoció con sorpresa su propia voz, su joven pasión. Era suyo aquel diálogo de amor encerrado hacía tantos años. Hilo de la larga madeja del pasado, venía ahora a envolverlo, religarlo a sí mismo, exigiéndole salir de calabozos.

—¡Que se abran las puertas! —gritó conmovido, por primera vez gustándole su grito, él que siempre había hablado tan bajo. Y abrió de par en par los batientes que tenía enfrente.

—¡Que se abran las puertas!

Corrió el grito de la sala al salón, de la escalera al jardín, muro arriba, hasta tropezar con la cúpula de vidrio y volver, golpeándole la barbilla majestuosa.

—¡Que se derrumbe la redoma! —exclamó entonces el rey con todo el poder de sus pulmones—. ¡Que se derriben los muros!

Y esta vez el grito va por entre esquirlas de cristal, subiendo, planeando, pájaro-grito que en el cielo se

aleja, llevando detrás de sí, en un revuelo, frases, cantigas, epístolas, poemas, sonetos, epopeyas, discursos y recados, y a lo lejos —periquitos— una bandada de risas. Sonidos que en el espacio se esparcen llevando al mundo la vida del castillo y que, poco a poco, se van en libertad.





Carmen Segovia

Nació en Barcelona en 1978. Allí cursó estudios de Escenografía e Ilustración. Sus ilustraciones fueron seleccionadas en la Feria Internacional del Libro Infantil de Bolonia en la edición de 2002, año en que empieza a colaborar con la editorial Anaya. Desde entonces se han ido sucediendo los premios, los libros y las exposiciones de sus ilustraciones en distintos lugares de la geografía española y en diferentes países europeos.

Cuentos de hadas, reyes, princesas y unicornios, en los que la autora crea un bellísimo diálogo entre su imaginación y los sentimientos propios del ser humano: el miedo, el deseo, el amor.
Dos libros de Marina Colasanti reunidos, escritos en un hermoso lenguaje poético, donde el lector de hoy se encontrará con los cuentos maravillosos de siempre.

